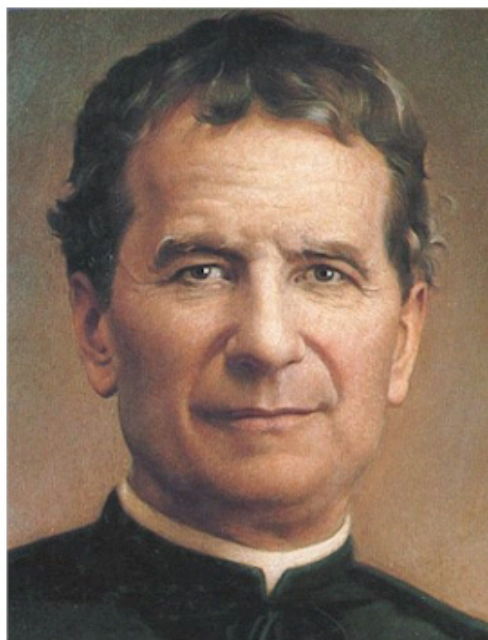


METODO DE EDUCACIÓN MORAL DE LA JUVENTUD

BASADO EN LAS ENSEÑANZAS Y
EXPERIENCIAS DE SAN JUAN BOSCO
Y EL SISTEMA APLICADO EN LOS PRIMEROS
TIEMPOS DE LOS INSTITUTOS SALESIANOS



PADRE A. AUFFRAY, SALESIANO

ÍNDICE

Títulos	Página
Introducción	3
Rasgos biográficos de Don Bosco	12
Capítulo I: El sistema preventivo en la educación	25
Capítulo II: La libertad en la educación	36
Capítulo III: La alegría en la educación	48
Capítulo IV: La autoridad en la educación	57
Capítulo V: La piedad en la educación	64
Capítulo VI: El pecado original y la educación	72

INTRODUCCIÓN

De todas partes donde llega el Boletín Salesiano francés, se me ha pedido reuniera en un volumen los artículos con los que durante dos años había intentado exponer las normas directivas de la pedagogía salesiana. He consentido y sin mucha violencia. ¡Qué amor propio de escritor desdeñaría tan lisonjera invitación! Solamente el que careciera de dinero, y ése era mi caso. Pero un amigo que vino a visitarme me dijo: «¡Adelante! La primera edición va por mi cuenta; es cara, pero es menester sembrar en el mundo de los educadores estas ideas tan oportunas. Hace más de 40 años que trabajo por la juventud, permítame que dé a los jóvenes esta prueba de cariño».

He consentido, y aquí está el libro; tendrá doble fin. En primer lugar intentará corregir la idea, no diré falsa, pero sí incompleta, que los católicos se han formado de un hombre.

Después de su viaje triunfal por Francia, y de su estada en París, en Mayo de 1883, el Venerable Don Bosco aparece a los ojos de la mayoría como un taumaturgo, como un San Vicente de Paúl del siglo XIX; el hombre de los milagros y el padre de los huérfanos: nada más.

Conmovido por el abandono físico y moral de la juventud de su tiempo, habría empleado su vida recogiendo en sus casas de oración y de trabajo a los pobres hijos del pueblo, privados de familia o traicionados por ella. Arrancar a la juventud obrera de las garras de los enemigos de su dicha: la miseria, el vicio, la ignorancia, el espíritu de inde-

pendencia, la incapacidad profesional; y proporcionarles en asilos protectores el pan cotidiano que fortalece el cuerpo, la instrucción que alumbra el espíritu, la doctrina que mejora los corazones, la disciplina que temple las voluntades, la enseñanza profesional que arma para las luchas de la vida y la atmósfera de familia que alegra las almas: tal habría sido (si estamos a las enciclopedias católicas más recientes) la única misión del Venerable Don Bosco.

No dudo que fue esto ante todo y sobre todo; pero fue otras muchas cosas más.

Como su émulo en caridad, fue fundador de congregaciones; como él, ha intervenido en acontecimientos religiosos de primer orden, aunque ignorados todavía por la historia; como él, fueron las misiones en lejanos países su sueño dorado, aunque, no pudiendo satisfacer su deseo, tuvo que contentarse con mandar a los confines de la tierra un doble ejército de apóstoles que salva todos los días de la barbarie y del paganismo a los niños grandes: los salvajes; fue él también constructor de iglesias; hizo gemir como el que más las grandes rotativas; a él se le debe el primer almanaque católico; él fue quien inauguró, hace más de ochenta años, las primeras colonias de vacaciones. ¿Qué no hizo este hombre de actividad cuya calma y sencillez cautivaban a cuantos se le acercaban?

En día no lejano podremos presentar a los lectores el retrato de este gran servidor de Dios y de sus hermanos.

Por hoy nos contentaremos con bosquejar la figura del educador exponiendo en líneas generales su sistema pedagógico,

el cual tomó naturalmente el nombre de sistema salesiano por haberse inspirado en las ideas de su maestro y modelo San Francisco de Sales.

**

Dos años antes de su muerte, en 1886, Don Bosco recibió una carta que le enviaba el Superior del Seminario Mayor de Montpellier con la que este venerable eclesiástico le imploraba descubriera el secreto de su maravillosa pedagogía. Era la segunda vez, porque a la primera consulta, Don Bosco habíale contestado: «Con el temor de Dios infundido en el corazón de mis niños, obtengo de ellos lo que quiero.» «Pero, replicaba el excelente Superior, el temor de Dios es sólo el principio de la Sabiduría. ¿Cómo podremos acabar la obra del padre? déme la clave de su sistema de educación para provecho de mis seminaristas». «Mi sistema, añadía Don Bosco mientras doblaba la carta, ¡ni yo mismo lo conozco! Tengo un solo mérito: ir adelante como Dios me inspira, amoldándome a las circunstancias».

En realidad no es así; Don Bosco ha tenido un sistema de educación muy personal. Pero este conjunto de ideas que ya en el crepúsculo de su vida, supo reducir a principios breves y claros, no nació de golpe en su espíritu. El cielo intervino por una parte, y la inspiración de arriba, unida a la caridad que desbordaba de su corazón apostólico, parece haber dictado los cimientos de esa pedagogía.

A más, su pensamiento de educador, antes de llegar a la madurez, se completó, se corrigió, se perfeccionó con las lecciones de la experiencia. No sólo no desdeñó la escuela de

otros, sino que trató de sacar utilidad de los trabajos de sus predecesores¹. Finalmente ha sabido ser moderno, como lo han notado dos de sus biógrafos², seguir la corriente, y en un siglo embriagado de libertad, rebelde a cualquier forma de absolutismo, se adaptó maravillosamente a las exigencias de la idiosincrasia contemporánea. De este modo su sistema de educación, progresivamente y por etapas, tomó cuerpo. Helo aquí en sus líneas generales.

*De base, pero solamente de base, como cimiento sólido, aunque insuficiente, una vigilancia continua. El salesiano debe poner al niño en la **imposibilidad material de pecar, envolviéndolo siempre con su mirada y atenta solicitud**. Debe encontrarse sin cesar en medio de sus pequeñuelos.*

*¿Con qué título? ¿Cómo profesor? ¿Cómo celador? No; **como padre que no deja jamás a sus hijos mientras no haya sido educada su libertad**.*

Tal vez alguno preguntará: ¿Cómo vais a educarlo, si no le dais libertad y aire? Esta vigilancia continua hará de él un hipócrita que mirará siempre al maestro con el rabillo del ojo. No, porque este sistema de educación no impide al niño mostrarse risueño, manifestarse, abrir de par en par su corazón, y hasta ensayarse en hacer saltos mortales.

¹ Se sabe, por ejemplo, que Don Bosco, para componer el reglamento que debía emplearse en sus casas, comenzó por confrontar los reglamentos de los institutos más florecientes a la sazón, con ánimo de copiar algún detalle asimilable a sus ideas. No hay tampoco duda de que ha leído y estudiado profundamente las obras de educadores y directores como San Francisco de Sales, Fenelón, Dupanloup.

² El marqués de Crispolti, senador del reino de Italia, y el profesor Bonetti.

Conserva cuánto la disciplina exige para la marcha regular y ordenada de una casa de educación; en lo demás cierra los ojos. Vigilancia asidua pero no pesada, ni vejatoria, ni minuciosa. Con este sistema no es el tutor sin entrañas que impide el crecimiento de la planta, sino el jardinero ocupado únicamente en proporcionarle aire y luz, en corregir el suelo cuando encierra materias refractarias a la asimilación.

Para que esta joven libertad encuentre en su alrededor el calor y la luz que para florecer necesita, el educador salesiano la sumerge en una atmósfera permanente de alegría. Se es tierna para que la alegría abra las almas, expulse la tristeza, haga circular una ráfaga de vida al través de su organismo, ayude al trabajo de la inteligencia, asocie en el espíritu del niño la idea del placer con la del deber, y sobre todo, que mueva el corazón del joven cristiano a la confianza y al abandono.

Aquí está el eje del sistema: no se ha edificado nada sólido, dice Don Bosco, mientras el niño no entregue su corazón por la confianza. Todo lo demás prepara y dispone a esto que es lo esencial; cautivar el corazón del niño. ¿De qué manera? Haciéndose amar. ¿No hay más? Sí. Suprimiendo todo castigo corporal o ignominioso, castigando con la privación de todo signo exterior de afecto, llenando las distancias que en otras partes separan al alumno del maestro, haciendo suyos los salesianos, los juegos, las pesadumbres, las preocupaciones de los niños, desarrollando por todos los medios posibles una familiaridad de buena ley, haciendo de manera, como decía Don Bosco, que los niños no solamente sean amados, sino que también noten que son amados, rompiendo todas las barreras tradicionales cuya

existencia engendra, no el respeto, como se ha creído, sino la desconfianza. Sin amor, no hay confianza, sin confianza no puede haber educación. Pero citando el maestro tiene verdaderamente el corazón del alumno en sus manos; cuando con estos procedimientos de mansedumbre y de paciencia, ha merecido mandar al niño en nombre de esta poderosa autoridad del amor; entonces dulcemente, sin sacudimiento ni choques, lo lleva hacia el mundo sobrenatural. Le hace amar la oración, le enseña la religión, lo pone, sobre todo, en contacto temprano y permanente con las tres fuentes de la vida: la confesión, la comunión y la devoción a la Santísima Virgen.

Vivir en la gracia de Dios, apoyar su debilidad en la fuerza divina, encontrar en la amistad de Jesucristo y en el recuerdo de su Madre Santísima, el valor para rechazar el mal y cumplir la humilde tarea de cada día: he aquí el fin de esta educación»

Pero esta gracia se puede perder, se puede debilitar; entonces el tribunal de la penitencia está siempre abierto para purificar los corazones; la santa mesa se prepara todas las mañanas para fortalecerlos; cerca está el altar de la Virgen que recibe nuestras oraciones, para que podamos contar en nuestros desfallecimientos con el socorro permanente de la Madre de Dios. Tener el alma en estado de gracia, comulgar muy pronto, comulgar a menudo, comulgar todos los días, invocar siempre a María Auxiliadora, de los cristianos para observar la ley de Dios y salvar el alma: he ahí a lo que conduce esta teoría tan sencilla como sabia, tan clara como fuerte, tan antigua como moderna.

¿Este sistema es nuevo? No; muy antiguo, tan antiguo como el Evangelio del cual procede en línea recta. ¿Se ha abusado del aspecto relativamente nuevo de esta pedagogía, sin echar de ver que algunos capítulos, los más modernos, suplantaban a otros, únicamente porque ofrecían al educador medios más eficaces para alcanzar al fin supremo: acercar el niño a Dios con las múltiples industrias de un amor tierno a la par que ingenioso. Ahora bien, esto es Evangelio puro. La obra esencial de Jesucristo ¿no fue acaso llevar a su Padre la pobre humanidad conquistada con los prodigios inefables de su amor?

Por otra parte se encuentran en las páginas evangélicas, esparcidas y perdidas acá y acullá en el texto sagrado, palabras, ejemplos, consejos, máximas que se relacionan con el alma de los niños, de los jóvenes. Recogiendo religiosamente estos fragmentos, explicándolos los unos con los otros y sobretodo con los hechos del Salvador, impregnándose del espíritu del libro divino, ¿no se podrá hacer brotar una idea madre, una enseñanza bastante completa, y precisa, como para asentar las bases de una pedagogía cristiana?.

Don Bosco lo ha pensado, y porque lo ha manifestado a sus contemporáneos, ha sido tomado por un precursor. No hacía otra cosa que aplicar a nuestra vida del siglo XX, la célebre máxima en que Jesús pinta al buen Pastor que conoce a sus ovejas, que camina al frente del rebaño, que no huye cuando se acerca el lobo, que no descansa sino cuando todas sus ovejas han entrado al aprisco, que da su vida por ellas todos los días y a todas horas. No hacía otra

cosa, que traducir al lenguaje de los hechos, la famosa página en donde el gran apóstol San Pablo canta el divino esplendor de la caridad: «la caridad es paciente, bondadosa, no busca sus intereses, no se irrita, no guarda rencor, no se excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad no debe tener fin».

Un día llegó a Turín, cuna de la obra salesiana, un señor que acababa de inscribirse entre los amigos de la obra. Venía de Bélgica y recorría la península itálica buscando el mayor número posible de documentos sobre los apóstoles modernos de la Eucaristía.

Naturalmente se detuvo en la casa madre de los Salesianos la que había visto crecer y florecer, bajo la dirección de San Juan Bosco, a Santo Domingo Savio, esa flor de exquisita pureza que Roma colocara en los altares al lado de su buen maestro.

Durante el breve curso de sus investigaciones, quedó maravillado del modo, nuevo para él, con que se educaba a la juventud en la casa de Don Bosco. Eso le interesó tanto o más que su pequeño héroe, y se puso a estudiarlo. Atravesó los patios en las horas en que el juego enardecía a toda esa juventud, abrió de improviso la puerta de los talleres, arrojó una mirada escudriñadora por las ventanas de las clases, escuchó el rezo de los niños en la capilla, vio su hambre eucarística llevarlos en masa hacia la santa mesa, admiró la santa familiaridad que unía a los maestros con los alumnos, y en la tarde del tercer día de esa extraña investigación dijo a un Salesiano:

- Pues bien, ¿sabe Ud.? he adivinado.
- ¿Qué es lo que ha adivinado?
- El resorte secreto de la educación salesiana.
- ¡Bah! Dudo mucho.
- Sí, señor.
- Vamos a ver.
- Todo el sistema está basado en la TERNURA CRISTIANA.

Había tenido certera intuición este huésped transeúnte; no se le había escapado el alma de nuestras casas. Sin pretenderlo, calificaba con frase sencilla y sin adornos, como Don Bosco mismo, este sistema, de educación. Y efectivamente, en el crepúsculo de su vida, en 1884, cuatro años antes de su muerte, anciano septuagenario, el Venerable Don Bosco, herido por un mal implacable, en una larga carta a sus hijos fechada en Roma, había dejado caer de su pluma la palabra que resumía su pensamiento esencial de educador. Mi PEDAGOGÍA, dijo, ES HIJA DEL AMOR.

Lector amigo, he aquí este método de educación.

¿Te interesará? Lo espero.

¿Despertará en ti una polémica provechosa? Lo deseo.

¿Nos ayudará a todos, a trabajar con provecho por la juventud? Así lo pido a Dios.

A. AUFRAY.

RASGOS BIOGRÁFICOS DE DON BOSCO

Don Juan Bosco nació en una aldehuela de Castelnuovo d'Asti (Alejandría, Italia) llamada «Becchi», siendo sus padres Francisco y Margarita Occhiena, campesinos de condición muy modesta, por no decir pobre. Frisaba apenas en los dos años de edad cuando la muerte le arrebató el padre, hombre muy cristiano y honrado trabajador; en consecuencia, cúpole a su madre, la buena «Mamá Margarita», el pensar en proveer de lo necesario a él, a su hermano José, al entenado Antonio y a la abuelita.

Juanito, desde luego, manifestó una tendencia precoz, un deseo intenso de gastar toda su actividad en alejar del mal y encauzar por la senda del bien a sus compañeros pobres y abandonados por las calles y campiñas; por eso sentía una sed ardiente de estudiar e instruirse: su vocación había nacido junto con él. Pero, además de las muy graves estrecheces de familia, agravadas por el general malestar, la carestía y el estado revolucionado de la sociedad civil (eran los resabios de las guerras napoleónicas), nuestro Juan encontraba el obstáculo mayor en su hermanastro Antonio que no quería absolutamente saber nada de estudio e instrucción, ni para sí ni para los demás, llegando hasta el punto de no tolerar de que se hablara de ello en la casa.

Por esto, no habiendo logrado Margarita con su generoso y buen corazón, doblegar la testarudez del hermanastro, tuvo, para mantener la paz del hogar, que resignarse al sacrificio de la separación de Juanito, buscándole un albergue menos hostil.

Y así fue como para él comenzó ese largo y rudo tirocinio, que había de prolongarse por muchos años y en el que iríase

formando y cobrando bríos para la misión de educador de la juventud, a la que se había sentido llamar desde tan temprano.

Después de haber golpeado inútilmente varias puertas, fue recibido por compasión en casa de la familia Moglia, la que le asignó, además de la comida y el alojamiento, el sueldo de quince liras al año para el vestido; ese sueldo, con todo, no era tan miserable para esos tiempos; por otra parte, sus buenos patrones lo subieron desde el primer año a cuarenta liras y el segundo a cincuenta, dada la buena conducta y la laboriosidad del muchacho. Pasó con los Moglia cerca de dos años ocupado en trabajos de la cuadra y pastoreo del ganado bovino: siempre firme, e inamovible en la idea de querer estudiar, hacerse sacerdote y consagrarse a la educación de la juventud.

En Diciembre de 1829 (tenía ya 14 años), por mediación y apoyo de su tío Miguel, volvía junto a su madre para iniciar los estudios; pero encontró más terco que nunca a su hermanastro Antonio, tanto que, para acabar de una vez por todas, hubo que hacerse la división de la herencia, de suerte que Antonio, ya mayor de edad, empezó a vivir aparte e independiente.

La partición se verificó con toda caridad y benevolencia; la división de las tierras no ocasionó la división de los corazones, y Margarita se halló en paz con sus dos hijos, José y Juan, el cual se halló con amplia libertad de dedicarse a sus estudios.

Fue este el período más feliz de su niñez. Un buen sacerdote, D. Calosso, que desde tiempo lo conocía y estimaba, habiéndose librado de otras ocupaciones, lo llevó consigo, e hizo las veces de padre amoroso.

- «¡No te preocupes, le decía, de tu porvenir. Te ayudaré, a cos-

ta de cualquier sacrificio, y mientras yo viva, nada te faltará: si muero, tampoco te faltará, lo necesario!»

El buen sacerdote lo tenía siempre a su lado, y mientras le iba formando el espíritu a la piedad y la mente al estudio, nuestro Juan sentíase renacido.

Pero este período de tranquilidad laboriosa no debía durar mucho. En un sueño que tuvo cuando rayaba en los diez años, habíasele dicho: «*Hazte humilde, fuerte y robusto*»; otras pruebas largas y arduas eran menester para fortalecerlo en estas virtudes.

Pocos meses después, Don Calosso, atacado imprevistamente de apoplejía, moría el 21 de Noviembre de 1830, sin poder pronunciar palabra. Juan, por lo tanto quedaba, de golpe, privado de su bienhechor, de su maestro y de la prometida ayuda para su porvenir. En efecto, Don Bosco, en sus memorias escribe: «*Llegaron los herederos de Don Calosso y yo les hice entrega de la llave y de todas las demás cosas*». Y en este «*todas las demás cosas*» estaban comprendidas 6.000 Liras, suma nada despreciable para esos tiempos», y que Don Calosso había destinado para él; de esto le había dado señal mas que cierta al entregarle poco antes de morir, las llaves del cofrecillo donde estaban guardadas, acompañando la entrega con gestos que no admitían dudas respecto a sus intenciones; pero Juan no quiso ni escrúpulos ni enredos, y dejó todo en manos de los deudos del difunto, abandonándose completamente en manos de la Providencia que no lo dejó sin consejo ni consuelo. En sus memorias encontramos escrito: «En ese tiempo tuve otro sueño, en el cual era yo ásperamente reprendido por haber puesto mis esperanzas en los hombres y no en la bondad del Padre Celestial». Y respecto a Don Calosso, agrega: «Siempre he rezado y hasta que tenga vida no dejaré de rezar cada mañana por este insigne bienhechor mío», revelándonos de

este modo una de las virtudes más características en él y de las más profundamente arraigadas en su corazón: la gratitud.

*
**

Comienza ahora una nueva etapa para él y el camino que ha de recorrer es aún largo y escabroso: pero un paso decidido y seguro se ha dado hacia adelante: no tendrá ya quien se le atravesase por el camino; el ánimo generoso de su madre y de su tío está pronto y dispuesto a cualquier sacrificio por él. Irá a clase a Castelnuovo, distante unos cinco kilómetros de la aldehuela de Becchi; tendrá que recorrer esa distancia cuatro veces al día, dos por la mañana y dos en la tarde. La molestia era grave y la pérdida de tiempo considerable; logró primero quedarse a medio día, y después pudo colocarse definitivamente en pensión en casa de cierto sastre llamado Roberto: así podría con menos molestia continuar sus estudios.

La clase que frecuentaba no era la que él hubiera necesitado: sin embargo, supo sacar de ella todo el fruto que podía rendirle y aprovechar hasta de las deficiencias que en ella notaba para su propia formación.

La superioridad de Bosco sobre los compañeros era tanta, que alguno de sus maestros no logrando explicársela, concebían sobre él más bien que admiración sospechas, y lo miraban con ojo incrédulo y poco benévolo. Sufría también porque el aire reservado de los sacerdotes no le permitía abrirles confiadamente el corazón: más, también de este sacrificio sabía sacar provecho para su obra venidera.

A las claras, se ve que una clase semejante no podía agotar su actividad, y él, que no quería, desperdiciar nada de tiempo, dotado como estaba de buena voz, se dio después a aprender el arte del canto y pudo pronto cantar con feliz éxito

partes de solista en el coro; al mismo tiempo comenzó a ejercitarse en el violín y a ensayarse en el teclado de una vieja espineta para acompañar los cantos en el órgano.

Pero aún le sobraba tiempo, y quiso emplearlo en aprender el oficio de sastre, con tanto provecho que pronto pudo con su trabajo descontar parte de la pensión que su Madre Margarita no habría podido continuar pagando completa. Al final del año escolar, como para compensar el poco provecho que podía sacar de los estudios, quiso adiestrarse en el manejo del martillo y de la lima en la herrería de cierto Evasio Savio, como en otras ocasiones lograba hacerse práctico en los trabajos de zapatero y carpintero. Así la Providencia ponía a este futuro fundador de las Escuelas profesionales y agrícolas, en contacto con los agricultores y campesinos, a fin de que conociera en la escuela de la experiencia, su ánimo, su vida y necesidades, para saber a tiempo debido aprovechar de tales conocimientos y estar preparado e instruido en el digno cumplimiento de esta obra de caridad social.

Mas, para la formación de la mente el año pasado en Castelnuovo (que para él era el décimo sexto de edad) había rendido muy poco y por desgracia no había que esperarse más para el porvenir. Por lo tanto necesitaba un segundo traslado, al menos hasta Chieri, para tener un curso de estudios seguro y completo: y con ello los sacrificios crecían, mientras las estrecheces no disminuían; sin embargo, la generosidad de su madre, la caridad de los buenos y el santo entusiasmo de Juan supieron afrontarlos e hicieron que el 3 de Noviembre de 1831 pudiera llegar a Chieri. Aquí, de todo corazón, cedemos la palabra a él mismo, que de un modo tan interesante e instructivo nos dejó escritos los recuerdos del primer año pasado en esa ciudad.

- *«La primera persona que conocí (escribió) fue el sacerdote*

Don Eustaquio Valimberti, de venerada memoria. Me dio muchos y sanos avisos sobre el modo de alejarme de los peligros: me invitaba a ayudarle la misa, lo que le proporcionaba ocasión de darme un buen consejo. El mismo me condujo ante el Prefecto de estudios, el padre Sibilla, dominico, y me presentó a los demás profesores. Entretanto, habían empezado las clases. Como los estudios hechos hasta entonces eran un poco de todo, que resultaba al fin casi nada, pues si tenía muchos conocimientos útiles, eran desordenados e incompletos, se me aconsejó entrara en la clase sexta que hoy comprende el último curso preparatorio para las humanidades. El maestro de entonces, T. Pugnetti, también él de muy gratos recuerdos, tuvo para conmigo mucha caridad. Tenía especial cuidado de mí, me invitaba a su casa, y compadecido de mi edad y buena voluntad, no escatimaba nada que pudiera ayudarme.

Pero mi edad y corpulencia me hacían comparecer como una alta columna en medio de mis compañeros.

Ansioso de abandonar tal posición, pasados dos meses en la clase sexta, y habiendo alcanzado el primer puesto, fui admitido a un examen y promovido al primer año.

Con mucha alegría pasé a la nueva clase, porque mis condiscípulos eran más grandecitos y por ser su profesor el querido don Valimberti. Al cabo de dos meses, habiendo salido varias veces el primero del curso, por vía excepcional se me admitió a un nuevo examen y fui promovido al segundo año.

En esta clase era profesor José Cima, hombre muy severo en cuanto a disciplina. Al verse con un alumno tan alto y grueso como él, que a mitad de año entraba en su curso, chanceándose, dijo en plena clase: Este o es un gran zoquete o un gran talento. ¿Qué dices?

Yo, algo cortado por su severa presencia, repuse: Un término medio entre las dos cosas; pues soy un joven que tiene buena voluntad de cumplir con su deber y progresar en sus estudios.

Agradáronle al profesor semejantes palabras y con desacostumbrada afabilidad, agregó: «Si tienes buena voluntad, en muy buenas manos te has puesto. Yo no te dejaré inactivo. Animo, y si encuentras alguna dificultad, dímelo luego, que yo te la subsanaré». Le agradecí de todo corazón su ofrecimiento.

Como a los dos meses de hallarme en este curso, un pequeño incidente dio que hablar algo de mí. Un día el profesor explicaba la vida de Agesilao, escrita por Cornelio Nepote. Esa mañana yo no tenía el libro, pues lo había olvidado en la casa; y para ocultar al maestro mi olvido, tenía abierto delante de mí el Donato. Como no sabía a qué cosa atender, mientras escuchaba las palabras del maestro, hojeaba el libro, ya de una parte ya de otra. Mis compañeros se percataron de ello. Uno comenzó a reír, continuó un segundo, y así hasta que en la clase hubo un desorden general. ¿Qué hay? preguntó el preceptor. ¿Qué hay? Díganmelo enseguida, y como los ojos de todos estaban vueltos hacia mí, me ordenó que hiciera la construcción y repitiera su explicación. Me puse entonces de pié y teniendo siempre el Donato en la mano, repetí de memoria el texto y la construcción con todos los comentarios hechos por el maestro.

Terminado que hube, todos mis compañeros casi instintivamente, dando gritos de exclamación, se pusieron a aplaudir.

No es para decir la furia que se apoderó del profesor, porque era, según él, la primera vez que no podía obtener disciplina. Quiso darme un coscorrón, que yo esquivé moviendo la cabeza: después, teniendo la mano sobre mi Donato, hízose decir

por los vecinos la causa del desorden.

Estos, mientras yo me preparaba para exponer humildemente lo acaecido, le dijeron: Bosco ha tenido siempre delante de sí el Donato, y ha leído y explicado como si hubiera tenido en la mano el libro de Cornelio.

El profesor tomó, en efecto, el Donato, me hizo continuar aún por dos períodos más, y pasando súbitamente de la cólera al estupor y admiración, me dijo: «Por tu feliz memoria te perdono el olvido que has tenido; eres afortunado; procura servirte de ella tan sólo para el bien».

De este modo, en un sólo año escolar pasando tres cursos, llegaba al segundo año, y durante las vacaciones, habiéndose afirmado bien en sus estudios, volvía al año siguiente a Chieri para cursar el tercer año y en dos años más terminaba el Gimnasio o Humanidades.

Durante los dos primeros años alojaba en casa de Luisa Matta y pagaba parte de su pensión haciendo de «repetidor» al hijo de esa buena señora. Pero después de estos años, habiendo su hijo acabado el curso de sus estudios, la señora Matta abandonó Chieri y Juan tuvo que buscarse otro alojamiento. Lo encontró en casa de Juan Pianta de Murialdo que había venido a Chieri a poner una cantina. Entró en su casa en calidad de mozo, y en cambio tenía sopa, alojamiento (un chiribitil sobre el horno) y libre el tiempo necesario para estudiar.

No era mucho, y sin embargo él estuvo más que contento con ello. Entretanto, podía hacer nuevos ensayos, hallándose en contacto con una nueva categoría de personas y ejercitándose en un oficio nuevo para él, como era el de pastelero, en el que pronto dio muestras de ser tan hábil que Pianta le hizo propuestas ventajosas para que se dedicara enteramente a ese oficio. Hase de notar también aquí cómo su vida, sin salir por nada de la estrechez, cada vez se hacía menos ruda y

material. Así llegaba a la edad de veinte años, habiendo a los 18 años recibido la Confirmación.

*
**

El que al seguir la vida de Don Bosco hasta este punto, creyese que la larga y áspera retahíla de pruebas, penas, privaciones, ímprobos fatigas, penurias, incomodidades, cambios de lugar, constituye enteramente su vida, y basta para medir toda la actividad y resistencia, que aparece hasta aquí tan grande y extraordinaria, daría a conocer que no ha penetrado su verdadero y substancial significado, y antes bien ha disminuido su valor, tomando el medio por el fin, el trabajo de construcción por la obra construida, las frases sueltas por el sentido completo. Porque no habría visto la vida de fe y piedad que animaba y valorizaba todas aquellas pruebas de fuerza y resistencia, y no habría percibido que por sobre ese cúmulo de pruebas y mortificaciones a que hemos asistido, había un fin, un ideal hacia el cual se dirigía y por el cual afrontaba y vencía las dificultades sin jamás perderlo de vista: La vocación nacida junto con él, que le ofrecía la misión de vivir por la juventud y de llegar a ser sacerdote para convertirse en padre, bienhechor y amigo de los jóvenes.

Este es el programa que empieza a desarrollar desde la edad de 10 años, que campea en todo momento de su vida penosa, que no sufre interrupciones, treguas o desviaciones, cualquiera sea el giro que tomen los acontecimientos.

Aún pequeñuelo, sin medios, sin instrucción, oprimido por las necesidades de la vida, tropezando con mil obstáculos, halla la manera de recoger a su alrededor a los niños del vecindario, y no teniendo a su disposición un lugar cubierto, se sirve del prado colindante con su pobre casa. A falta de otra cosa, cuelga

una cuerda entre dos árboles y se trueca en titiritero para atraerlos y divertirlos; se sirve de su buena voz y buen oído para entretenerlos durante los primeros momentos y hacerles después rezar las oraciones; les explica, como sabe, cuánto ha oído y aprendido en la iglesia, repite los avisos y consejos que le da su madre y, por fin, los manda a sus casas, más quietos, más obedientes y con un vivo deseo de volver.

Sus bellas dotes de ánimo y cuerpo le granjearon la simpatía de sus compañeros que seguían y amaban su superioridad moral y se sometían a la disciplina que a su debido tiempo y lugar sabía imponerles con perfecto conocimiento de su autoridad.

Y lo que había comenzado en Becchi, lo continuó en Moncucco, en el caserío de los Moglia, en Castelnuovo, en Chieri, mostrándose cada vez más aventajado por la mayor edad, el mejor conocimiento de las cosas, la formación de su carácter y el crecer en la instrucción religiosa, en la piedad y generosidad de ánimo. Todo esto, a pesar de que las condiciones se volvían cada vez más difíciles, como hemos visto: pero las contrariedades antes que abatir, parecía que aguzaran su ingeniosa actividad.

Y en honor de la verdad, sorprendentes son sus iniciativas para aumentar el repertorio de las honestas diversiones, tan necesarias para atraerse y ganarse el ánimo tan voluble de sus pequeños amigos. Fabricaba jaulas y otros objetos, y el dinero que obtenía con su venta, en vez de gastarlo en sus necesidades, lo empleaba generosamente en hacer más variada y nueva la diversión de sus amigos.

Con la generosidad con que se prestaba a ayudar en sus estudios a los más necesitados, como hizo con el sacristán de la Catedral de Chieri, fundaba sociedades para tenerlos reunidos, como lo hizo también en Chieri al instituir la *"Sociedad de la*

Alegría", cuyo sólo nombre es un programa; generosamente también continuaba su apostolado de bien entre los compañeros, apostolado que tenía por fruto la conversión al Cristianismo del hebreo Jonás.

Más sorprendente es aún lo siguiente: procuraba siempre encontrarse en las fiestas y en las ferias, donde los saltimbanquis atraían a las gentes con sus juegos, y pronto resultó un peligroso espectador, adivinándoles y aprendiendo luego sus trampas, sus mañas, y llegando a superarlas en los juegos de prestigio, de agilidad, salto y carrera.

De esta suerte enriquecía su repertorio y aumentaba el programa de sus pasatiempos, mientras que sus amigos lo admiraban más, hasta el punto de considerarlo como su invicto campeón; cada vez lo querían más, y más dóciles se mostraban a su voluntad.

Muchísimas otras astucias hallaba su fértil iniciativa para compensar la falta de los medios de solaz que son demasiado necesarios para satisfacer la insistente avidez de los jóvenes que uno quiere mantener a su lado, unidos y aficionados a su persona y encaminarlos por la senda del bien.

A esto tendía él; para esto iba formando su ánimo; de ahí sacaba bríos y alientos en la dura y laboriosa palestra que duró tantos años, y a esta luz también debe mirar este período de formación el que quiera tener de él un juicio completo. Lo iluminaba la fe, lo nutría la piedad y entre las pruebas crecía, *«humilde, fuerte y robusto»*, como habíasele dicho un el sueño.

*
**

Ahora, vencidas las últimas incertidumbres, confortado con el consejo del Teólogo Cinzano, y hallando en el Beato Cafasso el

amigo que siempre sostiene con su consejo y obra, entra, como Clérigo, en el Seminario de Chieri, donde su educación, encauzada en forma definitiva, se va cumpliendo con ritmo cada vez más normal, aunque no dejen amás de faltar las pruebas.

En dos años cursa filosofía, animado por la amistad de Como-llo, que tanto bien hizo a su alma, y en cuatro años más termina la Teología, recibiendo la ordenación sacerdotal el 5 de Junio de 1841, a los 26 años de edad.

El sueño se había verificado, el tiempo de la espera concluido: había llegado la hora de ponerse a la obra. Fuese a Turín y en el día de la Inmaculada Concepción - el 8 de Diciembre de 1841 - la Providencia le hacía conocer a Bartolomé Garrelli, joven con el cual había de hacer la primera experiencia y colocar la primera piedra de su obra, educativa. Reunido el primer núcleo de alumnos, le fue menester andar errando con ellos por cinco años en busca de una morada estable, tal como había errado él, durante los años de su niñez. Las pruebas soportadas en esos años, lo habían fortalecido para esta segunda prueba.

En 1846 se estableció finalmente en los prados de Valdocco, a donde le acompañó su madre Margarita, la cual, habiendo velado ya sobre él durante los años de las primeras dificultades, iba a completar su misión, velando sobre los trabajosos principios de la obra, para dejar estampada en ella el sello materno.

La obra, apenas esbozada en el prado de Becchi, iba a tomar forma en los prados de Valdocco, comenzando con el Oratorio festivo, que contiene en germen su obra completa. Apenas se pudo obtener una casa suficiente y una iglesia, se enriqueció con las clases diurnas y nocturnas, con las profesionales y con todas las otras ramificaciones de su arte educativo.

Así nació la Casa Madre, con el nombre de Oratorio, que con sus principios directivos, con sus programas, con sus reglamentos, con su dirección, con su ejemplo, en una palabra, es el libro vivo de su método, escuela y modelo para todas las demás que de ella habían de nacer. Estas muy pronto surgieron y del Piamonte se extendieron a Italia entera, a Europa, a América y ahora a todas las partes del mundo, sacando vida y vigor de la inspiración de su fundador, que acabó santamente su vida el 31 de Enero de 1888, a los 72 años cumplidos. Moría con el consuelo de ver su Obra en pleno desarrollo, su método educativo sólidamente establecido y arraigado en la Sociedad Salesiana y de las Hijas de María Auxiliadora, ambas por él fundadas, y pudiendo saborear el supremo consuelo de la máxima que tantas veces había repetido y escrito:

«Al fin de la vida se recoge el fruto de las buenas obras».



UN MÉTODO DE EDUCACIÓN MORAL

CAPITULO I

El sistema preventivo en la educación

Cuando sale a relucir el nombre o la obra educadora de Don Bosco, en alguna conversación sobre ideas pedagógicas modernas, nunca ha de faltar quien se encargue, creyéndose mejor informado que los demás, de condensar en una palabra las teorías del gran apóstol de la juventud «¡Ah sí! ¿Don Bosco? ya se sabe, ¡el sistema preventivo! exclama con aire de triunfo; ¡el sistema preventivo!».

Y tan contento, con haber pronunciado esas dos palabras, se cree haber dicho todo cuanto sobre este formidable cuerpo de doctrina pedagógica, elaborada en el transcurso de medio siglo de experiencia práctica, se puede decir.

Indudablemente el sistema preventivo ocupa un lugar prominente en las construcciones pedagógicas del Venerable; pero es menester demostrar que forma solamente la parte negativa de su obra. Sobre esta base sólida se levanta un edificio de ideas atrevidas, nuevas al parecer, pero conformes en todo a las más puras enseñanzas del Evangelio. Vamos a tener el placer de analizarlas con nuestros lectores en seis capitulitos muy claros. Pero antes y ya al umbral de esta exposición, tenemos el interés de enseñar a cuantos lo ignoran todavía, lo que es este famoso sistema del cual muchos hablan sin conocerlo suficientemente.

Hay dos maneras de educar a la juventud, asegura el Venerable Don Bosco. La primera, muy en boga, consiste en asegurar el

orden castigando el delito apenas cometido según una tarifa pre fijada de penas. Con este sistema el educador parece decir al niño: «quédate quieto, no entorpezcas la disciplina exterior, pues si no, he aquí lo que te espera». Don Bosco observa sabiamente que este método florece y hasta se impone en los cuarteles o con personas cuya edad supone la plenitud de la razón.

Muy distinto es el segundo sistema: No se preocupa de obtener por la fuerza ni por el temor del castigo el orden, necesario para la tranquilidad del educador, para la dignidad de la disciplina, para la obra de la educación; sino para únicamente evitar a todo trance la ofensa de Dios. «¿A qué castigar?», decía melancólicamente Don Bosco, ¡si Dios ya ha sido ofendido! Todo el arte y todo el esfuerzo del educador debe tender a impedir al niño, por la vigilancia constante, que cometa el mal. El educador debe ponerlo en la imposibilidad material de pecar, envolviéndolo siempre con su mirada y su atenta solicitud. Debe encontrarse sin cesar entre sus pequeñuelos ¿con qué títulos? ¿como profesor? ¿como celador? No: como un padre que no deja solos a sus hijos mientras no haya sido totalmente educada su libertad. Este sistema *preventivo*, como se ha dado en llamarle, en oposición al otro, el sistema *represivo*, a base de castigos, se esfuerza, como vemos, en contrarrestar el mal en sus fuentes, suprimiendo o neutralizando la ocasión. Imita la ciencia en sus mejores progresos, que tiene más confianza en la higiene que en la medicina; prefiere preservar que curar. Nada más opuesto que estos dos sistemas. El primero estriba en el temor reverencial; el segundo en la vigilancia afectuosa, en la sana y buena familiaridad y en el amor. El primero mantiene al superior a respetable distancia del alumno, en un espléndido aislamiento del cual no sale sino para castigar; le obliga a presentarse con rostro glacial,

con actitud reservada y apta para inspirar terror; creando esas famosas líneas paralelas en donde maestros y alumnos caminan sin peligro de encontrarse jamás: se apoya sobre todo en un código penal al que distinguen estos capítulos salientes: los castigos previstos son a menudo corporales; aplastan al niño para quitarle el gusto de reincidir; se aplican automáticamente y brutalmente, sin distinción de personas, según las exigencias de la tarifa; requieren una contabilidad rigurosamente llevada, donde están escritos al lado de los delitos, y solamente se borran con el saldo completo. Este método conduce a resultados muy curiosos que sería, inacabable y demasiado cruel enumerar aquí; pero todavía resuena en nuestros oídos la frase de un niño que lo había probado durante cinco años: «he puesto los pies en el cuarto del superior una sola vez, y fue para hacerme poner a la sombra». Este sistema, como salta a la vista, no alcanza el ideal de la compenetración de los corazones, ¡ni siquiera lo pretende!

Mientras que el otro sistema no piensa, no sueña más que en esto: establecer entre el educador y el alumno un contacto estrecho, familiar, íntimo, del cual brotarán una cordialidad de buena ley y una confianza ilimitada. Con este fin, mezcla doquiera niños y superiores en el recreo, en el paseo, en el estudio, en la capilla: baja la autoridad de su pedestal y la coloca decorosamente, sin comprometerle, al nivel del niño; envuelve a éste en una vigilancia asidua pero afectuosa, en modo alguno reparona, vigilancia que sabe abrir los ojos, pero también sabe cerrarlos; no proscribe ni el gesto afectuoso, ni la palabra cordial, ni los modales de la verdadera paternidad; rompe sin compasión las barreras que un respeto mal entendido, o tradiciones jansenistas quisieron levantar entre maestros y alumnos, en una palabra, se hace todo a todos para ganar la juventud a J. C. «Desdichada la casa, escribía Don

Bosco en 1884, cuatro años antes de morir, en donde los superiores serán tenidos como superiores y no como padres, como hermanos, como amigos. Se les teme, ¡pero no se les ama!».

Esperamos ya una objeción (es tan corriente): «en esa contienda vuestro prestigio corre riesgo de zozobrar, la autoridad necesaria a todo educador, va a ser herida mortalmente, porque ese entrevero va a permitir al ojo infalible del niño descubrir los defectos, las debilidades y el lado flaco de sus maestros». A esto se puede responder: ¿preferís, adoptando el otro sistema, ahogar la espontaneidad del niño, inducirlo a la hipocresía, inspirarle amor por las apariencias cuidadosamente blanqueadas que encierran mercadería averiada, dejarle el recuerdo más sombrío de la casa donde ha pasado los años de su niñez y de su juventud? Nosotros por el contrario, preferimos responder con uno de los más elocuentes defensores del sistema preventivo: «aunque los padres vivan y alternen de la mañana a la noche con sus hijos, tienen un medio para salvar su prestigio: ser santos. Efectivamente, muchos se esfuerzan para llegar a ser mejores».

No es gran mérito dominar una clase, una división o una escuela con la vara en la mano. Cavour ha dicho: «Con el estado de sitio hasta un burro es capaz de gobernar». Tratándose solamente de reprimir, todos los educadores se sienten preparados para esa tarea. Esto no necesita aprendizaje. Pero para prevenir eficazmente el mal es menester toda la aplicación afectuosa, toda la inquietud vigilante de un corazón humano. En esto precisamente estriba la grandeza original de este método, doble en sus efectos, pues forma simultáneamente al maestro y al discípulo. El uno no progresará en docilidad si no lo hace el otro en abnegación. Con este trabajo constante de perfeccionamiento personal, con los esfuerzos que haga diaria-

mente para ser más celoso, más paciente, más dueño de si mismo, conseguirá el educador la dicha inefable de verse obedecido por amor y no por miedo a castigos.

**

Dirá alguno: «¡No es muy cómodo este sistema!». «Entendámonos, contestaba Don Bosco; es muy cómodo, muy apreciado y muy eficaz en cuanto se refiere a los alumnos; pero, claro está, bastante penoso para el educador. No obstante, estas dificultades quedarían pronto vencidas si el maestro se aplicara con celo a su tarea».

Para arraigar el amor a la educación y a este método de sacrificios en el alma de sus hijos, prometía el V. a los partidarios del sistema preventivo cuatro resultados seguros: sus alumnos les conservarían un gran cariño toda la vida, a pesar de los peores extravíos de la cabeza o del corazón; ninguno por vicioso y malo que fuese al serle confiado, empeoraría en sus manos; el contagio del vicio, sofocado o neutralizado por esta vigilancia atenta, se detendría en las puertas de la casa que adoptara ese sistema: finalmente, ganados los corazones, los pliegues más íntimos del alma se dejarían penetrar y transformar.

Más tarde, en sus últimos días, cuando las lecciones de la vida se han convertido en lecciones de sabiduría y experiencia, anciano ya casi septuagenario, reducía el Santo a dos escenas vivientes estos dos sistemas que dividen a los educadores. Sorprendíalos ambos claramente en los patios de un colegio durante el recreo.

Aquí, decía, todo es alegría, expansión, juegos que animan con su soplo a esa juventud ardiente. No se ven grupos aislados, conversaciones sospechosas en los rincones, ni prófugo

alguno por los corredores o por las oscuras escaleras. Los gritos, los cantos y las risas ensordecen los oídos. Los superiores ocupan lugar preferente en los juegos organizándolos con una pasión no común. Aquellos cuyas piernas ya no conservan la elasticidad de la juventud o el adiestramiento cotidiano, animan con su presencia o con su aplauso los éxitos de los jugadores, o pasean con los alumnos que con justa causa se han apartado de los juegos. Todos se bailan en el patio, padres e hijos mezclados en el más encantador alboroto; las miradas son francas, las frentes abiertas, los corazones están en los labios: es la familia con sus encantos, su cordialidad, su confianza, su divina dulzura.

¡Cómo contrasta este espectáculo con el patio de un colegio en que impera otro sistema! Allí no hay ya gritos ni cantos ni estallido de voces. La actitud de los alumnos refleja un triste aburrimiento, algo así como un cansancio abrumador; parece que todos están enfadados. Los rostros reflejan una desconfianza que amarga el corazón. Algunos corren y saltan con el ingenuo atolondramiento de su edad; pero muchos, los más, vagan solitarios por los rincones, apoyados a la pared, abismados en sus pensamientos. Otros están en las gradas en las escaleras o esparcidos por los corredores o huyendo en lugares apartados, del ojo del asistente. Aquéllos se pasean lentamente, formando grupos, sus conversaciones no han de ser muy buenas: lo revelan esas miradas a hurtadillas, esas sonrisas delatorias de la palabra o del cuento peligroso. ¿A dónde están ahora los maestros de esos niños? Seguramente estarán platicando o filosofando entre ellos, quizá retirados en sus aposentos, en el patio está sólo el asistente de turno, impotente para dominar el recreo y asegurar la disciplina, interior. A su paso, los grupos se disuelven, las conversaciones se truncan, las actitudes se componen. ¡Ese patio será todo lo que vosotros

queráis, pero será también el sitio de la casa donde más se perjudican las almas! ¡Fatal resultado de un método que enrarece el contacto entre el educador y el educando, entre la materia que debe transformarse y el obrero de esta transformación!

*
**

Todo esto es muy hermoso en teoría, pero muy molesto en la práctica, murmurarán algunos. Por más que se diga y que se quiera, nunca se llegará a suprimir todas las transgresiones; siempre se cometerán y a veces graves. ¿Dónde está pues la sanción? ¿Cómo se codifica en este sistema, el capítulo de los castigos?

La objeción no desconcertaba a Don Bosco, ni a sus primeros discípulos. He aquí su contestación: el castigo es necesario; no pertenecemos al número de aquellos que dejan extraviar la naturaleza por tortuosos caminos. Cuando se aparta del deber, es necesario corregirla. Lo exige la prudencia, el ejemplo y la justicia, no con tanta frecuencia como lo parece, pero a lo menos en determinadas circunstancias. Entonces estos castigos se inspiran en el principio mismo del sistema: *ante todo se tendrá mucho cuidado de no cerrar el corazón del niño, de no endurecerlo, de no clausurarlo a la obra positiva de la educación.*

En virtud de este principio, los castigos aplicados en las casas salesianas tendrán las cualidades siguientes: *se aplazarán cuanto sea posible, no serán nunca irritantes ni humillantes, serán plenamente racionales y obedecerán a la voz del corazón, ordre du coeur, que tanto agrada a Pascal.*

Don Bosco ha podido afirmar al fin de su vida que por más de medio siglo había tratado con la juventud sin haber impues-

to castigo de ninguna clase. Sin duda era un santo y no a todos es dado gozar de su prestigio ni de su rara ciencia de la educación. Sus hijos tratan de seguir sus huellas castigando poco y retardando mucho la hora de la pena. Vigilan constantemente, pero con el rabillo del ojo, de un ojo que conociendo la ligereza involuntaria del niño, se cierra a menudo. Decía el Venerable: «evitad el castigo siempre que sea posible». Sus hijos se esfuerzan en cumplir su consejo.

Pero a veces también ellos se convencen de que una penitencia es indispensable; entonces no olvidan las prescripciones de su maestro. No impongáis nunca o casi nunca castigos públicos, humillantes, de esos que hieren las fibras vivas del alma, acumulando por muchos años, tal vez por toda la vida, tesoros de odio, malogrando completamente todo trabajo educativo. Jamás impongáis castigos corporales, irritantes, aplastadores, que incitan el corazón a la revuelta: horas indefinidas de plantón, tareas interminables, posturas dolorosas, golpes, tirones de oreja, etc. Las mismas expulsiones que el escándalo obstinado y la indisciplina pertinaz hacen indispensables, se llevarán a cabo con gracia. Se buscará posiblemente un pretexto natural, se hará llegar providencialmente, como sin quererlo, a un pariente. Su honor quedará en salvo. En el umbral de la casa, el último apretón de manos del maestro será todavía afectuoso, para que el hijo pródigo sienta que un corazón lo espera siempre en la casa solariega.

«Querido amigo, no puedo tenerte aquí; me echarías a perder mis ovejas. Pero aquí dejas a un amigo; acuérdate de él y en las horas aciagas de la vida, ven a desahogarte en su corazón».

En 1880 el Venerable Don Bosco, teniendo ya 65 años, repasaba por última vez las páginas donde había condensado la esencia de su doctrina y agregaba estos cuatro renglones:

«antes de aplicar el menor castigo, calculad el grado de culpabilidad del niño; si el aviso basta, no uséis la reprensión; si la reprensión es suficiente, no inflijáis el castigo». Regla de oro. ¡Comprender la falta! explicar el pecado, ¡proporcionar el castigo a la culpabilidad, al grado de malicia que acompaña el acto!

Nada de tarifas uniformes que a cada delito marcan la penitencia correspondiente, ni de aplicaciones sin discernimiento; en cambio, un examen rápido y juicioso del caso individual y un castigo proporcionado al mal voluntario, con un mínimo de severidad eficaz. ¿Vais a tratar a un pobre chico, apenas responsable, reincidente, por herencia de los vicios de sus antepasados, víctima propicia a todas las seducciones de la fragilidad y a todas las violencias de la naturaleza, lo mismo que a un niño bueno que no ha visto más que ejemplos de virtud, en cuya sangre y en cuyos nervios circulan corrientes de fuerza y de vida perfectamente equilibradas?

Finalmente cuando llegue la hora de castigar necesariamente, no deberéis olvidar que es preferible emplear ese género de penitencias que tan diestramente sabe manejar una madre; rostro afligido, palabra fría o indiferente, ojos que se desvían, manos que se retiran; en la mayoría de los casos, esto es más que suficiente para castigar a los niños de buen corazón, pero siempre a condición de que hayáis conseguido haceros amar con vuestra abnegación.

Oíd a Don Bosco: «para los niños es castigo lo que se hace pasar por tal». Es indudable que una mirada glacial causa en algunos mayor efecto que un bofetón. Una palabra de alabanza a quien la ha merecido, otra de censura a quien se descuida, constituyen a menudo una recompensa y un castigo verdadero. Un día supo Don Bosco, por información de sus maestros, que una ráfaga de indisciplina intentaba penetrar en

su pequeña grey; para conjurar completamente la tormenta no hizo más que decir a sus hijos, después de las oraciones de la noche, antes de mandarlos a, dormir: «no estoy contento de vosotros, esta noche no os hablaré, id a dormir».

Si se da que el niño permanezca rebelde a estos procedimientos entonces la penitencia se impone; pero no ha de ser irritante, ni pesada, sino claramente razonable y reducida a su menor expresión. ¿Queréis algunos ejemplos? Ahí van tomados al azar de nuestros recuerdos: privadle de una función de teatro; detenedlo durante el recreo para que acabe su tarea; exigidle que pague con su reserva de puntos; hacedle comer de pie en su lugar de comedor; prohibidle probar las golosinas que les trae su familia; disminuidle los días de vacaciones, al terminar el año: saldrá más tarde o entrará más temprano que sus compañeros, etc., etc., Como se ve estas terribles penitencias se inspiran en el mismo espíritu: no cerrar un corazón de cuya correspondencia necesita el educador para empezar, seguir y terminar su obra.

*

**

De intento, hemos pronunciado, poco ha, una palabra que queremos comentar ahora como remate de esta breve exposición. ¡La familia! El mérito de esta educación, a base de atenta solicitud, de contacto íntimo y frecuente entre el maestro y el alumno, de mutua compenetración de corazones, consiste en pretender, en la medida de lo posible, reconstruir alrededor del alma infantil la misma atmósfera de la familia. La criatura humana la necesita; para dilatar su vida le es indispensable respirar el ambiente de la familia. Si por alguna causa, caprichosa o trágica, este medio natural creado por Dios, le llegase a faltar, se debilita entonces en seguida su

temperamento de hombre y de cristiano.

¡Pues bien, sea, dice el educador salesiano! ya que esta vida mezquina con sus necesidades económicas, con las renunciaciones del deber que provoca; ya que la muerte ha privado con su aletazo sombrío a este pequeñuelo de ese bien sin igual, nosotros vamos a formarle otra familia. Será todo lo artificial que se quiera; pero nuestro esfuerzo, nuestro arte y nuestra caridad se ingeniarán de mil maneras en hacer esta ilusión bastante fuerte a fin de que el niño se crea todavía en el hogar paterno del cual está momentáneamente privada su ternura juvenil, y puedan brotar así flores y frutos de las ricas potencias de su naturaleza.

CAPITULO II

La libertad en la educación

La educación de la juventud frecuentemente oscila entre estos dos sistemas: de excesivo rigor el uno, y de extrema libertad el otro. Cuando no los inspira la rutina o no se fundan en un excesivo amor a las comodidades, estos sistemas se relacionan con cierta filosofía, o por lo menos con una idea elemental de la naturaleza humana. Para los unos es ésta profundamente mala, radicalmente incapaz de inclinarse al bien, pronta en todo momento a peligrosas escapadas; es necesario tenerla siempre en andadores, frenarla de continuo, aplastarla perpetuamente bajo una regla inflexible y una disciplinado hierro y suprimir de un golpe toda iniciativa espontánea de esta bribona. Este es el reino de la ley, del sistema, de la disciplina inanimada, sin ninguna influencia personal ni viviente; es el triunfo del formalismo y de la represión ciega. Otros espíritus afirman por el contrario, como máxima incontestable, que los primeros movimientos de la naturaleza son siempre rectos, que no encierra el hombre más germen que el del bien³; no quieren ver la secreta complicidad que la naturaleza humana abandonada a sí misma, tiene con el mal. Se trata, pues, de dejarla hacer, dejarla, obrar, librarla en cuanto sea posible de toda sujeción, abandonarla a sus inclinaciones propias. Este es el reino de la libertad mal comprendida, de la anarquía de los apetitos; es el triunfo del capricho y del instinto sobre los embarazosos mandatos de la razón.

¿No se podría, partiendo de una idea menos absoluta de la naturaleza humana, pero también más ortodoxa, tomando de es-

³ La primera de estas afirmaciones es de Rosseau y la segunda de Kant en su tratado de pedagogía.

tos sistemas cuánto tienen, de verdadero, fundar una pedagogía que respetase el orden real de las cosas y pasara victoriosamente entre los escollos de un rigor excesivo y de una libertad extremada? Hubo quien lo ha creído así, quien ha intentado hacerlo, y después de treinta años de laboriosos ensayos, su pensamiento ha constituido un monumento de admirable uniformidad, donde el corazón y la razón, la autoridad y la libertad encuentran su parte correspondiente.

La parte que ha dejado a la libertad del niño es considerable. Recordando, como ya lo dijo Bossuet, que bajo las ruinas de esta naturaleza decaída quedaba todavía algo de su primitiva grandeza y hermosura, el Venerable Don Bosco, pues a él nos referimos, no vaciló en tener muy en cuenta la espontaneidad del niño, la personalidad del pequeño cristiano, y las fuerzas vivas de esta ardiente naturaleza. Pensó y pensó bien, que la educación no consiste en ahogar la originalidad del niño, sino en ayudarla a despuntar; no en comprimir sus energías, sino en disciplinarlas. Quiso que no fuera el maestro un tirano de las voluntades, ni un testigo pasivo de los juegos infantiles, sino el colaborador indispensable que debe enseñar al niño a saber mañana vivir sin él.

¿De dónde le venía un gusto tan pronunciado por la libertad del niño, por un sistema de educación que sin idolatrar esta ardiente florecilla, supiera suministrarle las materias nutritivas necesarias para llegar a una magnífica floración bajo el hermoso cielo de Dios?

De su perspicacia misteriosa, la perspicacia de los precursores que con sólo aspirar el aire de su tiempo saben ya pronosticar en qué sentido y a qué viento van a dirigirse las voluntades humanas; de sus propios recuerdos de infancia y más aún de su juventud, habiendo sido educado en el gran seminario de Chieri, en plena disciplina jansenista, con maestros que tenían

por principio no alternar con sus alumnos; de un sentido profundo del Evangelio, en donde la pedagogía del amor está en germen, esparcida en todas las páginas del libro sagrado; finalmente del genio de la educación que este humilde sacerdote poseía como el que más. Efectivamente cuando más tarde la historia imparcial componga el catálogo de los descubrimientos pedagógicos del siglo pasado, acabará de una vez de mencionar exclusivamente obras laicas o protestantes, para poner en primera línea entre las construcciones sólidas, originales y duraderas, el sistema de educación concebido y realizado por San Juan Bosco.

*

**

Si queréis comprobar este respeto a la libertad del niño, entrad en una casa salesiana cualquiera, y con aire de distracción dad por ella unas vueltas, abriendo bien los ojos. Henos ya en la capilla y a la hora de la Misa cotidiana. Por más que observéis, no hallaréis el menor vestigio de ese rancio galicanismo o de ese testarudo jansenismo que antiguamente tiranizaba las manifestaciones de la piedad cristiana y hacía de ella, algo oficial y reglamentado.

Las comuniones serán tantas por año y en tales días y con todo el colegio reunido. A la sagrada mesa se acercarán banco por banco. ¡Es eso tan hermoso, tan ordenado, tan edificante!

Las confesiones se harán con fechas determinadas, esta clase un sábado por la tarde y la otra el sábado siguiente. No hay duda que esa regla es bonita, uniforme, rígida e imparable; muy propia para doblar las almas y hacerles experimentar las emociones religiosas necesarias en días y horas determinadas de antemano.

En vano buscaréis nada de todo esto en las capillas salesianas.

En todos los oficios sagrados algunos confesores, diseminados aquí y allá, esperan a los penitentes que vienen por voluntad propia a confesar sus faltas. El ejemplo de los más fervorosos es la única presión que se ejerce sobre la voluntad de los demás.

A la hora de la comunión es aún más original el espectáculo que se os presenta, más típico si cabe. El celebrante ya ha rezado el «Misereatur vestri...» y apenas algunos niños han llegado a la sagrada mesa. Al «Ecce Agnus Dei...» dos o tres salen de los primeros bancos al mismo tiempo que dos o tres llegan del fondo de la capilla. El espectador observa y ve una media docena que se adelantan de los bancos del medio; los bancos de adelante, los últimos de atrás siguen volcando su contingente siempre por grupos reducidos. Algunas chaquetas se acercan, algunas sotanas no se mueven; aquí un niño se arrodilla al lado de su maestro, allá un asistente se pone de pie y va a juntarse con sus chicuelos a la sagrada mesa. Durante todo el tiempo que dura la comunión van los unos y vienen los otros, se mueven los unos con el más perfecto recogimiento, los otros rezan de rodillas con la cabeza inclinada y apoyada en las manos; hasta que por fin la balaustrada queda vacía y el celebrante vuelve al altar. Si debiéramos informar sobre quién ha comulgado y quién no, sería muy difícil. ¿Por qué? Porque Don Bosco ha proscrito el ir a la comunión por bancos enteros y hasta llegó a desterrar la expresión «*Comunión general*».

Piedad, sí, mucha piedad, pero piedad libre; comuniones frecuentes y hasta cotidianas, pero libertad completa aún en los grandes días de fiesta.

Después de haber visitado la capilla, id a inspeccionar el patio

y encontraréis allí también este espíritu de sana libertad. Todos juegan, la regla es absoluta; he aquí lo que pertenece a la disciplina. La mayor parte de los asistentes, laicos o eclesiásticos, experimentan un gran placer en sujetarse ellos también a esta regla. ¡Pero qué variedad hay en estos juegos! ¡Qué libertad se ha dejado a sus movimientos! Los aficionados a la pelota forman un grupo, los apasionados por el «*rescate*» se dividen en dos campos opuestos, mientras que los más ardientes juegan a los «*ladrones*». El oratorio de Turín conserva el recuerdo de un sembrado de lechugas que fue invadido, pisoteado y saqueado por un grupo de alumnos del Venerable, que jugaban a la guerrilla. A su anciana mamá que lo reprendió por haber permitido esta locura, el Venerable respondió: «el mal es insignificante; lo principal es que no ofendan a Dios. Por lo demás mira....» y un gesto de desprendimiento completó el pensamiento del santo, que tenía una verdadera debilidad por esta exuberancia de vida, señal auténtica de la salud del alma.

El recreo ha terminado: ya los alumnos han formado en perfecto silencio dos filas para ir a la clase. Penetremos con ellos en las aulas. Una clase en una casa de Don Bosco es una cosa curiosa, nada de solemne, ni de sistemático, ni de doctoral. Todo está saturado de familiaridad de buena ley que no aminora el respeto debido al profesor. Aquí como en cualquiera otra parte, se exigen las lecciones impecables; las tareas minuciosamente expurgadas, el tamiz de la corrección es tan fino y tupido como el de los mejores institutos; pero, como diría el príncipe de Aureca, hay modo de hacer las cosas, y el modo en las cosas salesianas, está impregnado de paternidad. Se deja campo libre a la espontaneidad del niño. Si una idea pasa por su mente no muere sobre sus labios por la mirada ceñuda del maestro; al contrario esa idea es incorporada natu-

ralmente al cuerpo de la explicación. La palabra que hace reír, el cuento que templar los nervios, el entreacto risueño que calma el espíritu son el pan cotidiano. Aquí se sabe que la atención del niño es de poca resistencia y que no hay que atiborrarlo de nociones del saber humano, ni aún de las más elementales. El maestro no toma ninguna de esas actitudes que hielan o paralizan las lenguas; todo en él por el contrario, despierta, solicita o reclama la pregunta, la objeción, el pedido de explicaciones. En una palabra, las clases salesianas son más bien conversaciones que cursos y con el maximum de libertad concedida a este ejercicio, se instruye recreando.

¿Habéis visto ya las clases? Pasad, pues, a inspeccionar los talleres y allí encontraréis para la crisis del aprendizaje la más inteligente de las soluciones. ¿Qué veis allí? Encorvados sobre su trabajo, a unos aprendices, los cuales, generalmente en cuatro años de ejercicios progresivos y controlados, llegan a ser expertos profesionales. Es imposible lograr en menos tiempo la formación de un obrero que conozca bien la técnica de su oficio. Los cursos teóricos se alternan durante el día con la enseñanza manual para poner así en las manos de estos jóvenes un instrumento con el cual sean capaces mañana de ganarse la vida. Usando con ellos el lenguaje de la razón y del interés, se les hace entender que si aceptan esta disciplina, gozarán de gran superioridad sobre aquellos cuyo aprendizaje fue abreviado, atropellado o explotado. La mayor parte se rinde a estas razones; pero si algún día, por capricho, ansia de libertad, o avidez de lucro, el pequeño aprendiz quiere dejar a sus maestros para ir a aumentar el número de los imprudentes que sacrifican todo su porvenir remunerador para una ventaja inmediata, libre es, pues ningún contrato lo ata, y la puerta está abierta. Se tratará de hacerle comprender la gravedad de esta resolución y sus fatales conse-

cuencias; se razonará con él. Pero si no se consigue nada, no por eso se echa manos en las casas salesianas del *sic volo, jubeo*, lo quiero, te mando: por el contrario, se abre la puerta y a falta de nuestra vigilancia, nuestras oraciones y nuestras simpatías escoltarán en el camino de la vida, al imprudente que quiso emanciparse.

Lo mismo se hace en el oratorio salesiano con respecto a los niños que de vez en cuando lo dejan o lo traicionan. Don Bosco exigía que el oratorio tuviera siempre las puertas de par en par: entrada libre como en un bazar. Si un niño es presentado por sus padres, mejor; si viene sólo o traído por los amigos, da lo mismo; es una cara nueva, se averigua su estado civil y asunto concluido. Si llega a faltar un domingo, o dos o diez, no será por eso expulsado de la familia; seguirá perteneciendo a ella, entre los pródigos si se quiere, pero perteneciendo siempre. Cuando aparezca algo coartado en el umbral de la casa, será recibido con más afecto y con mayor cariño; se aliviarán sus remordimientos con una acogida bondadosa y como en la parábola del Evangelio, se le devolverá su sitio en el hogar salesiano. Este procedimiento tiene sus inconvenientes, ¿quién lo niega? ¡Pero si se supiera cómo encariña profundamente las almas de los niños con las de sus maestros! ¿Y no es esto lo que más interesa? Por otra parte, según la pedagogía salesiana no termina allí el niño su aprendizaje de la libertad. Hay otros medios para obtener este fin, que es el fin verdadero de la educación. Como ya lo hemos insinuado, aspira esencialmente a desentrañar cuanto se esconde en el corazón de los niños, el mundo de deseos, de pasiones y de aspiraciones que los agita, para llevarles la luz, el orden y la ley de Cristo. Esto no podría nunca conseguirse si una disciplina rigurosa, sin entrañas, terrorífica, hiciera reinar el terror en esas almas y les obligase a desempeñar un papel hipócrita diametralmente

empeñar un papel hipócrita diametralmente opuesto a la espontaneidad propia de su edad. Es menester, pues, conservando el mínimo de disciplina necesaria para la marcha regular y ordenada de una casa de educación, permitir a los niños retozar, moverse, estirar los nervios, gastar el exceso de su actividad en juegos, paseos y diversiones varias, manifestarse libremente, exponer a la luz del día y sin temor de las burlas ni de los castigos los pliegues del corazón. Es necesario envolverlos en una atmósfera de sana libertad en donde puedan, como en el propio hogar, pensar a voces. Dad a los niños, decía el Santo, libertad completa de saltar, correr y hacer ruido. Haced todo lo que os plazca, decía San Felipe Neri, el gran amigo de la juventud, con tal de que no cometáis pecados.

Don Bosco se industriaba en buscar a sus alumnos, múltiples ocasiones de ejercitar su libertad, de tomar iniciativas, de endosarse responsabilidades. Les confiaba tareas particulares, les pedía favores especiales, los comprometía en nuevas ocupaciones. El teatro, la música, la gimnasia, los paseos, las colonias de vacaciones, ofrecían un vasto campo a sus propósitos. Iba todavía más allá; entre sus mejores alumnos elegía colaboradores, profesores, asistentes, maestros de gimnasia, etc., etc. La pedagogía salesiana es esencialmente la cultura de la iniciativa, se inspira en el carácter peculiar de la juventud y en las tendencias personales de cada alumno. La primera obligación de los educadores de la juventud, ha escrito un teórico moderno, es vigilar la aparición de cada inclinación y poner a su alcance un alimento apropiado a su valer, dejando al sujeto el cuidado de conquistarla y asimilarla. Las fiestas, las representaciones dramáticas, las ceremonias, la decoración de las salas, las lecturas variadas, los juegos y todas las manifestaciones humanas de la alegría, con

tal que en ellas los alumnos sean inventores y actores más que espectadores, favorecen y regulan el resorte de la imaginación, y la conducen poco a poco a creaciones completas.

Estas palabras son de 1910; en 1875, Don Bosco realizaba ya en todos sus colegios, los deseos que en ellas se expresan. Al decirnos, con palabras tan solemnes como abstractas, que importa sobre todo hacer pasar al púber del régimen de la tutela al de la autonomía, se reclama para el alma del adolescente un trato que la educación salesiana ha intentado siempre procurarle. Don Bosco, en efecto, quería que todas las órdenes que se impartían pudiesen justificarse, que la razón del niño se convenciera por si misma de la bondad y de la necesidad del orden, y su obediencia fuese libre, voluntaria y no obligada, verdadero homenaje de su razón a un orden de cosas comprendidas y amadas. La antigua disciplina no admitía más que dos actitudes, rebelión o sumisión temerosa, enojo o miedo. La nueva, la de Don Bosco, quiere ser amada y abrazada con alegría por aquellos a quienes se propone.

La calidad de esta obediencia explica precisamente por qué en las casas salesianas, los castigos y las penitencias son tan raros y tan especiales. Se ha observado que la antigua disciplina no podía pasar sin un regimiento de agentes en acecho de las faltas; tenía una policía, un tribunal, penas graduadas, muchas de ellas corporales, un calabozo, un registro odioso de los delitos, los cuales se rescataban no con el arrepentimiento del culpable, sino con los castigos establecidos para cada falta. La nueva disciplina, al contrario, no sabe qué hacer con todos estos trastos. Con ella el mismo castigo, cuando su aplicación se hace inevitable porque el solo arrepentimiento no es suficiente, es aceptado y consentido por la razón que reconoce los derechos de la justicia; con ella la culpabilidad individual es controlada y la parte de la voluntad determinada; con ella el

castigo corporal es abolido sin contemplaciones como indigno de almas libres, como asimismo lo es ese diluvio de copias, de reprensiones, de severidades de toda clase; con ella el olvido, la debilidad pasajera, el atolondramiento, son considerados como realmente son, y sobre estas debilidades los ojos del maestro se cierran con facilidad; finalmente, en ella se adoptan los castigos que una madre sabe manejar con tanta delicadeza.

En las casas salesianas, basta la vigilancia se inspira en la preocupación constante del aprendizaje de la libertad del niño. Se sabe que en esos institutos la vigilancia es cosa de todos los instantes. De la mañana a la noche y de la noche a la mañana, un ojo alerta pero afectuoso no dejará al niño un momento. Pasará de un lugar a otro, de una ocupación a la de más allá, pero tendrá siempre a su lado, en la persona de un Salesiano, un hermano mayor cuya única ocupación será avisar lo, protegerlo, animarlo y hasta levantarlo si es preciso. Vigilancia asidua pero de ningún modo pesada, fastidiosa, ni exigente por minucias. «Haz esto; no hagas aquello; no toques; cállate, hablarás cuando te pregunten; ponte derecho, etc., etc.». Al contrario se complace en darle campo a la libertad del niño, en dejarlo desempeñarse por sí solo, en arrojar el perrito al agua, como decía Don Bosco, para que aprenda a nadar. Si se hunde un poco, con tal que no vaya al fondo, se le deja que a tuerza de manotones suba solo a la superficie. Se le vigila desde la orilla, se estudia el esfuerzo que hace, y como el niño lo sabe muy bien, si la zambullida es muy peligrosa, no tendrá necesidad de pedir socorro porque un brazo vigoroso lo habrá puesto rápidamente en salvo. Para usar de otra imagen, el asistente, con este sistema, no es el tutor despiadado que impide todo intento de crecimiento, es el jardinero que no tiene más preocupación que la de propor-

cionarle aire y luz, y corregir el suelo cuando encierra escasas materias nutritivas o peligrosas o refractarias a la asimilación.

*
**

Los resultados de esta educación son muy notorios, los diremos en dos palabras. Revelan al maestro el carácter del niño para poder tratarlo con toda prudencia y desarrollar todas las energías escondidas en él. Los niños son fácilmente clasificados en atrevidos y tímidos; con la antigua disciplina los primeros se convertían a menudo en rebeldes y los otros en inútiles. Esta nueva educación previene este doble fracaso canalizando el exceso de vida en los unos y revelando las energías latentes a los otros. A ella se debe que todos los ex-alumnos salidos de las casas salesianas sean tan despabilados en el mundo. Se han podido hacer a estos jóvenes reproches legítimos pero nunca se les pudo acusar de falta de iniciativa, de ascendiente, de arrojo, de espíritu inventivo y audaz. Finalmente este método de educación, que se preocupa constantemente del instante en que la plantita va a salir del invernáculo, trabaja para toda la vida y no sólo para la tranquilidad del tiempo presente. Los malos vientos, las tormentas, las intemperies podrán descargarse sobre ella quizás, pero tendrá fuerza para resistirlos.

*
**

El más hermoso elogio que se puede tributar a estos principios educadores es que se parecen singularmente, si no los han copiado, a las sabias direcciones de la gracia de Dios en las almas. Como la gracia, esta pedagogía es vigilante; se establece como ella en el corazón mismo de la plaza y no

la deja jamás; como ella, respeta la libertad del hombre, y del niño; pero como ella también se vale de todos los medios para enderezarla y disciplinarla; como ella castiga el pecado con sus consecuencias; como ella, exige el consentimiento voluntario de la conciencia; como ella, podrá aparecer en algunos momentos insuficiente y derrotada, pero acabará, como ella, en pronunciar la última palabra y llevar a sus fines los corazones. Pues bien, calcar los propios procedimientos divinos, hacer en pequeño, en el terreno de la educación, lo que hace en grande el Espíritu de Dios, es sin duda alguna tener un buen método. De él también se puede repetir la frase célebre, aunque algo vulgar: «probarlo es adoptarlo».

CAPITULO III

La alegría en la educación

¿Con qué espíritu se educará la juventud que sube la montaña de la vida? He aquí uno de los problemas más discutidos por nuestros modernos pedagogos. Las soluciones son cuántas son las filosofías o las doctrinas que las inspiran.

Respecto a nosotros, hace más de 70 años, que siguiendo las huellas de San Juan Bosco, hemos adoptado nuestro método. Si existe un espíritu capaz de comprender, envolver, aferrar, suavizar, hacer florecer y fructificar la crítica edad de los doce a los dieciocho años, es seguramente el que, tomando el nombre del gran obispo de Ginebra, se inspira en sus principios: el espíritu salesiano. Aleccionado en esta escuela, compenetrado con las máximas de este gran maestro, Don Bosco formó un valiosísimo cuerpo de doctrina. Hizo más aún, lo acrecentó, lo enriqueció con su propia experiencia y con orientaciones propias de un hombre del siglo veinte.

De esta colaboración entre el pensamiento del obispo de Ginebra y el de su moderno discípulo, salió un arte educativo que se impone. Al simple análisis se echa de ver, que este sistema ha comprendido la capital importancia de la alegría en la educación. En las casas de Don Bosco la alegría tiene lugar propio, el que por su importancia se merece; el Santo no la mezquinó en su reglamento; al contrario, todas las acciones que llenan el día están impregnadas de ella. Sin desdeñar la disciplina, pues la exigía exacta aunque no minuciosa, respetada por el alumno pero en ningún modo absoluta para el maestro, familiar pero jamás draconiana, Don Bosco quiso que la alegría desempeñara un papel principal en la educación de sus hijos. Jamás tuvo que arrepentirse.



Una impresión que queda grabada en la mente de los que visitan una casa salesiana, es la atmósfera de alegría que se respira. Para San Juan Bosco la alegría fue siempre un elemento indispensable, fuente de éxito en la educación. Durante toda su vida trabajó para conseguirla, desde el día en que siendo joven seminarista fundaba con algunos amigos la *Sociedad de la alegría*, hasta el momento en que dando a conocer públicamente, las lecciones de su larga experiencia, escribía estas palabras que habría firmado San Felipe Neri: «dejad, pues, a los niños plena libertad de saltar, correr y hacer ruido a su gusto»; «vamos, alégrate»; era una frase que jamás se apartaba de sus labios. Quería la alegría en todas partes; no solamente en el recreo y durante el paseo, cosa muy natural, sino también en la clase y hasta en la iglesia. Parece que el teatro asustaba a Monseñor Dupanloup⁴; no produjo el mismo efecto en Don Bosco, quien entre los educadores fue el primero que levantó un tablado en 1847. En sus casas la música con sus múltiples aplicaciones, ocupa un lugar preferente. Habría ciertamente hecho suyo el deseo de un filósofo moderno⁵: «la niñez y la juventud deberían ser educados *in hymnis et canticis*». Igualmente habría hecho suyo este pensamiento de uno de los mejores escritores; «se ha dicho: no se aprende nada divirtiéndose, y yo replico: “divirtiéndose es como únicamente se aprende”. El arte de enseñar no es otra cosa que el arte de despertar la curiosidad de las almas jóvenes para satisfacerla en seguida; pero la

⁴ Monseñor Dupanloup por principio se oponía a las representaciones dramáticas francesas, porque apasionaban y distraían a los alumnos sin gran provecho para su progreso intelectual (*Vida del abate Hetsch*), pág. 368.

⁵ A. Ravaisson.

almas jóvenes para satisfacerla en seguida; pero la gana curiosidad no existe sino en los espíritus felices. Los conocimientos que se hacen entrar a la fuerza en las inteligencias las atiborran y ahogan. Para digerir el saber, es menester haberlo ingerido con apetito». Quería que se infundiera profundamente en el alumno gusto, amor y placer para el estudio con los ingeniosos y variados métodos, con la costumbre de tener al alumno dedicado siempre a su trabajo; con la atmósfera cordial de la clase y con la ciencia encantadora el maestro. Quería que al terminar sus años de educación llevase el alumno afición y amor a la casa de Dios. Para obtener esto se desvivía en hacerla atrayente, tanto por la belleza del culto como por la participación de todos en las funciones y cantos religiosos. Las misas son oídas rezando oraciones en alta voz, alternadas con himnos y cánticos; se han desterrado los ejercicios importunos, largos y cansadores, han sido sustituidos por otros más breves, por instrucciones vibrantes, ceremonias que cautivan, música, flores y luces. Para lograr la atención de sus pequeñuelos su celo no retrocedió ante innovación alguna, con tal que el respeto debido a la casa de Dios no sufriese menoscabo. Pero sobre todo eran la confianza y el amor, que él ponía por base de la piedad cristiana, los que convertían la capilla en una casa de oración dulce y fervorosa, en donde el alma de sus chicuelos se sentía feliz al gozar una hora de alegría. Antiguamente en los siglos influenciados por Jansenio, se decía: «Adorad a Dios, temblad en su presencia». Don Bosco, siguiendo el admirable consejo de Fenelón, decía: «Haced que estos niños gusten a Dios». No hace mucho tiempo que un rector de la Universidad de Francia acostumbraba a repetir a sus numerosos subalternos, hablando de los internos de los liceos: «Procuremos que las paredes les sonrían⁶». Don Bosco

⁶ Jules Ferry.

no esperó este consejo para hacer de todas sus casas, moradas atrayentes, en donde se halla la alegría como en su casa. Con su profundo sentido de la educación había comprendido que la tristeza y el aburrimiento, estas dos pesadillas (*Bêtes noires*), como las llamaba Madame de Sevigné, hielan y sofocan las almas, las hacen replegarse sobre sí mismas; las inclinan hacia el vicio, formando hipócritas o atontados, matan el amor al trabajo, paralizan las mejores actividades, retardan o detienen el desarrollo de los más vigorosos talentos. Mientras que al contrario, la alegría, la verdadera alegría, la que brota de fuentes puras dilata, fomenta, provoca y mantiene la rectitud, el equilibrio, la confianza y la sencillez. Es la auxiliar, la aliada del educador, porque gracias a ella el niño casi sin notarlo nos permite llegar hasta él y se deja formar y cincelar.

La misma salud del niño gana con la alegría: la tristeza y el aburrimiento son origen de la apatía; mientras que la alegría los hace retozar y brincar; calma los nervios, los refresca, hace correr por el organismo una ola de vida. La alegría destila en la naturaleza del niño, por senderos misteriosos, acrecentamiento de salud que se manifiesta por ese hermoso color rosado de las mejillas y por esa fuerza extraordinaria en los músculos: es efecto de la influencia de la parte moral sobre la física⁷. Se ha observado con verdadera precisión⁸ que lo que desciende en el espíritu y en el corazón bajo la ardiente caricia de un rayo de alegría penetra más hondamente, se adhiere con más fuerza a la inteligencia y a la memoria, llega con toda seguridad a la misma esencia del ser, a la misma médula del carácter.

⁷ La alegría es un bálsamo de la vida que renueva la sangre y el espíritu. La tristeza, dice la Escritura, seca los huesos (Fenelón).

⁸ “Más alegría” por Mr. Keppler.

La alegría se completa admirablemente en el sistema de educación salesiana, pues por una parte, este sistema tiende esencialmente a provocar la confianza del niño, y por otra, no hay nada, después del afecto en que debe sentirse envuelto, que abra más su corazón y permita adueñarse de él, como esta atmósfera de alegría en la cual vive como el pez en el agua. Vamos a saborear la justísima imagen con que un pedagogo moderno, J. P. Ríchter, explica el fundamento del concepto de la alegría: «como los huevos de las aves, como los hijuelos de la tortolilla, el niño no necesita al principio, más que un poco de calor. Pero ¿qué es el calor para el niño, polluelo humano, sino la alegría? El calor permite a las fuerzas nacientes dilatarse como los rayos de la aurora; es como el cielo bajo el cual todo prospera, menos el veneno».

Para terminar la enumeración de los beneficios de la alegría, recordamos que importa mucho, que en la hora de la formación primera y definitiva, el niño haya visto asociarse la virtud con el placer, el esfuerzo con la alegría. Sería desagradable y funesto que de todos los años de su educación, llevase impresión, que la virtud, la religión, el deber, si bien muy hermosos, son penosos y tristes. Oigamos a Fenelón; «si el niño se forma una idea triste y sombría de la virtud, y el libertinaje y el desorden se le presentan bajo una figura agradable, todo está perdido».

Además, en un porvenir muy cercano, ese niño disipado y aturdido, se convertirá en un adolescente grave y reflexivo. Cuando abra los ojos a la vida y al inundo, ¿qué espectáculo herirá indefectiblemente su espíritu? A su alrededor, en las reuniones que frecuente, el vicio se manifestará triunfador, será alborotador, reirá a carcajada, monopolizará todo el placer, dará a entender, que sólo él posee la dicha. Contra esta seducción y esta mentira, que su inexperiencia será incapaz de

desenmascarar, es menester que desde temprano el joven haya aprendido que la virtud es encantadora, que encierra profundas alegrías, que la religión jamás ha sido amiga de la tristeza, que bendice y alienta todas las alegrías puras, que la verdadera risa es cristiana, que la alegría es un don de Dios, y la más dulce de las criaturas salidas de sus manos, después del amor.

No ignoramos todas las objeciones que contra esta teoría pueden hacerse. Se nos dirá que enerva la disciplina, parece hacer caso omiso del pecado original y de sus consecuencias, fomenta en los corazones un feroz apetito de distracción, forma almas ávidas de placeres e inspira repugnancia contra todo lo que es austero. . , Ninguna de estas dificultades resiste a una crítica seria. Pero aun cuando pudiera probarse que semejante sistema costea frecuentemente los abismos y cae en ellos algunas veces, al solo recuerdo de los beneficios de la alegría que acabamos de enumerar, bien podemos repetir con Madame de Maitenon: «Aún cuando la alegría fuera excesiva, las consecuencias serán menos dañosas que las de la tristeza».



¿Puede la verdadera alegría, la alegría cristiana que se bebe en las fuentes más puras, derivar tan fácilmente en excesos? ¿De dónde proviene, en las casas salesianas la alegría que florece en los corazones y se refleja en los rostros? La filosofía nos enseña que la alegría es una complacencia del corazón por un bien, que se considera como propio. ¿Cuál es pues este bien del cual el niño educado en la escuela del Venerable Don Bosco se siente verdaderamente dueño y poseedor? En primer lugar es toda la frescura y lozanía de su juven-

tud de la que no se le priva. El educador no la debilita, no la atrofia, no la ahoga, deja que esta planta ardiente crezca bella y lozana bajo el sol de Dios. Se contenta con proveerla abundantemente de luz y de aire, con vigilar la calidad del suelo de donde extrae su alimento. Es también la dulzura inefable de sentirse amado, amado verdaderamente. El niño jamás es insensible a esta dicha, por más que opinen lo contrario algunos espíritus apocados y melancólicos. No sólo eso, sino que tiene un maravilloso instinto, casi un don de adivinación para acertar a conocer quién lo ama de veras. Una vez conocido este bien, una vez sentido y saboreado, su corazoncito se llena de una dulce emoción.

Es sobre todo el tesoro sin igual de una conciencia limpia, pura, en paz con Dios, de un corazón que por la gracia de Dios se siente partícipe de la amistad divina, de un alma puesta en contacto con todas las fuentes de las grandes emociones por medio de la religión.

Es finalmente, por no enumerar otros, la variedad de medios, de industrias, de ocupaciones con las que el educador salesiano procura en cuanto está a su alcance, aligerar la disciplina, dulcificar sus rigores, romper sus monotonías, atenuar los efectos desastrosos y humillantes de una regla inflexible.

¿Qué resultado tendrá una educación basada en la alegría?

¿Conseguirá formar hombres, cristianos, valores sociales?

¿Les hará pasar sin tropiezos el momento crítico de la juventud? ¿Los mantendrá firmes en la senda de los mandamientos de la ley de Dios? ¿Asegurará la salvación de sus almas, fin supremo de todos los anhelos del educador? ¡Ah! ¡esperar semejantes resultados sería exigir demasiado a un método!

La vida es difícil y los mismos hombres se encargan a menudo de echar por tierra el edificio que parecía construido sobre la roca, y hacer descender a su mismo nivel las almas que soña-

ban cernerse sobre sus bajas pasiones. A lo menos podemos afirmar, y tenemos pruebas para apoyarlo, *que semejante educación vincula poderosa y dulcemente las almas que la recibieron con la casa que la dio*. Esto ya es algo. Para ellos el colegio no es ya aquel *calabozo de la juventud cautiva*, del cual hablaba Montaigne; ni les parece como en otro tiempo al poeta Víctor Hugo, *«bajo un día sombrío, con sus bancos de roble negro, sus largos dormitorios taciturnos, sus salas cerradas con cerrojos, sin agua, sin césped, sin árboles, sin frutas maduras, su inmenso patio enlosado entre cuatro grandes muros»*. No es el lugar en donde triste y melancólicamente se ha pasado los más hermosos años de la juventud, el edificio que al pasar se muestra, cerrado el puño, con un gesto de despecho inconsolable; por el contrario es la hermosa casa donde la vida ha pasado como un sueño, oscilando de una emoción a otra, todas tan puras y tan fuertes; donde sin casi sentirlo se han absorbido para toda la vida los principios que obligan a caminar rectamente y las luces que hacen distinguir todas las cosas; donde se ha sentido uno amado como tal vez nunca se volverá a serlo en la vida; donde en cada lugar del corredor, en cada rincón del patio, de la capilla, del estudio surgen para recibirnos todos los recuerdos del pasado junto con la imagen querida de nuestros antiguos maestros. ¡Gratas figuras! Tienen la misma sonrisa que antes, sus cabellos se han tornado blancos, las arrugas se han agrandado, pero en el fondo de sus corazones la llama sagrada arde siempre. ¡Qué alegría para ellos encontrar, no importa, en qué estado, hijos pródigos o fieles, a los niños de otro tiempo hechos hombres, esclavizados, sacudidos, atormentados y algunas veces también, ¡ay! ¡pervertidos por el mundo! Con ellos, muy alto, se deletrea el pasado; con ellos, muy bajo, se murmuran palabras divinas que llegan hasta las partes íntimas del alma.

¡Instantes de regocijo puro, baño bienhechor de juventud! Ninguno puede substraerse. Basta que una casualidad o que la gracia de Dios conduzca a estos hombres a las cercanías de la morada en donde han transcurrido los más bellos y alegres años de su existencia para que empujen la puerta y entren. Desde el umbral el encanto se opera y el alma queda templada.

Bendita sea la educación que sin esfuerzo devuelve al hombre maduro a su prístina pureza y lo sumerge de nuevo en las claras aguas de esa bendita fuente, vigorizándolo para la lucha de la existencia, para las tentaciones de la vida, para los deberes austeros.

CAPITULO IV

La autoridad en la educación

Sólo un sistema pedagógico puede resolver el problema de la autoridad. ¿Qué lugar le asignará? ¿Sobre qué base le asentará? Toda una filosofía está empeñada en esta doble cuestión. Lo hemos dicho ya una vez; según se considere al niño como una sentina, de apetitos anárquicos o bien como una buena, naturaleza inclinada al bien, oscilará entre el excesivo rigor y la extrema libertad. Desde el momento en que la voluntad de un educador se impone a un niño: ¿en nombre de quién o de qué lo hace? ¿En nombre de la fuerza bruta que exige a todo trance la disciplina? ¿En nombre de la razón que espera el asentimiento voluntario? ¿En nombre de la fe que quiere doblegar el espíritu del niño ante la sola autoridad de Dios? ¿En nombre de la conciencia? Cuestiones son éstas muy candentes, cuya respuesta constituye la parte esencial de las teorías de la educación no es posible pasarlas por alto. Veamos cómo resuelve el problema el sistema salesiano.



Es menester educar al niño en la alegría, *in hymnis et canticis*, en la verdadera alegría, que brota de las fuentes puras del alma, dilata, hace florecer, provoca y mantiene la rectitud, el equilibrio, la confianza y la sencillez. Es un poderoso aliado del educador, porque gracias a ella, podemos adueñarnos del niño, formarlo y cincelarlo sin que él lo eche de ver.

Hemos agregado que era necesario educar al niño con una cierta libertad que respete su espontaneidad. El niño necesita que su originalidad no sea ahogada, sino desarrollada; que

sus energías no sean oprimidas, sino sometidas a una regla; que el educador imite a Dios, que con su gracia hace doblegar nuestras voluntades al plan divino por medio de la paciencia, la sabiduría, la vigilancia asidua, el arte delicado de esperar la ocasión oportuna.

¡Muy bien! ¡Hermoso programa de alegría, de sagaz iniciativa y de libre obediencia! exclamará alguno. Pero parece que Ud. se olvida de que la materia puede rebelarse contra el educador. A veces se alza contra las órdenes recibidas deliberadamente y por capricho. Un mandato contraría un apetito, el niño lo atropella y, ¡asunto concluido! Puede a veces la autoridad ceder de sus derechos, pero las más debe imponerse y hacerse obedecer. Ciertamente el sistema salesiano tiene buen cuidado de envilecer la autoridad. No ignora que el pecado original ha viciado si no radicalmente, como lo afirman algunos, al menos profundamente la pobre naturaleza humana. San Agustín descubría precocidad en el nene mamando a los pechos de su madre; y no se equivocaba. Es necesario mandar, someter al niño a la regla, a la ley, y al reglamento. ¿Pero, en nombre de quién va a hacerse esto? Esta orden que quiere someter la libertad humana en su nacimiento, ¿a quién, a qué pedirá la potencia de la persuasión?

¿La pedirá a la fuerza? ¿a los ojos amenazadores que arrojan rayos? ¿a un semblante que se impone? ¿a una mano que se levanta? ¿a una actitud trágica que asusta y que haría meter a uno en las entrañas de la tierra?

¿Al temor? si tú no obedeces, ya sabes lo que te espera: el castigo, la copia, la privación, la humillación pública.

¿A la razón? a la conciencia? ¿a la razón que quiere quitar el asentimiento libre del niño y sueña cándidamente con hacerle comprender la necesidad de la orden o la justicia del castigo?

¿A la fe? Esta orden es la misma que te daría Jesucristo, el Hijo de Dios que tú amas; esta orden se inspira en su espíritu, esta orden procede de sus representantes.

Nosotros contestamos: no a la fuerza, ni al temor en cuanto sea posible; sino a la razón y a la fe, pues a eso debe tender todo educador cristiano, a someter al niño a una orden que le revela su mismo pensamiento o el de Dios. Pero hay que confesarlo, esto no es siempre posible en los comienzos de la empresa. ¡Vaya Vd. a hablar el lenguaje de la razón a unos pequeñuelos ligeros y distraídos, a unos adolescentes víctimas del pecado y tiranizados por él, a unos espíritus sin discernimiento del bien y del mal! Vaya Ud. a hablar el lenguaje de la fe a unos niños que no saben ni el *a b c* de este admirable idioma. Abrirán tamaños ojos; no comprenderán nada y seguirán viviendo a su talante.

Ante esta disyuntiva, ¿qué hacer? Desde el momento en que recibís al niño hasta el día bendito en que obedece por la razón o la religión, como decía el Venerable Don Bosco; ¿de qué manera vais a cumplir con vuestro cometido? No queréis emplear ni la fuerza, ni el temor; por otra parte, el niño no está dispuesto para entender la razón ni el Evangelio, ¿cuál será vuestra credencial?

El Venerable Don Bosco responde: «el amor». Vuestra autoridad será la del amor, la autoridad del hombre, del educador a quien el alumno no quiere entristecer, la autoridad del padre que tiene en la mano el corazón de sus hijos, la autoridad del hermano mayor que con sólo una señal obtiene la obediencia mejor que nadie. Hablando un día de uno de sus alumnos, decía Diderot: «¿qué queréis que le enseñe, si no me ama?» *Sin afecto no hay confianza, y sin confianza no hay educación.* El Venerable Don Bosco lo había comprendido perfectamente, de ahí su afán de conquistar el corazón del niño y

por el corazón todos los senderos del alma. Habría podido compendiar todo su método en esta frase: «hacerse amar para mejor hacer amar a Dios». El pedía, mendigaba hasta a sus hijos esta confianza y la enseñaba a sus discípulos, pero sobre todo la merecía de los unos y de los otros. ¿Con qué procedimientos? Su vida y su doctrina nos lo han enseñado.

«¿Queréis ser amados? decía él. Amad. Esto no basta todavía, dad un paso más: es menester que vuestros alumnos no solamente sean amados sino que se sientan amados. ¿Cómo lo sentirán? Escuchad vuestro corazón, él os contestará»⁹. En primer lugar, no haya barreras entre el alumno y su maestro; deben ser suprimidas las distancias, desconocidas las líneas paralelas en donde caminan los dos sin poderse encontrar. Nada de enojos, de golpes, de humillaciones públicas. Al contrario, la compenetración de los corazones; el espíritu de familia; la bondad siempre viva, siempre activa e inclinada, siempre sobre la debilidad o la ignorancia; la misericordia que no castiga todas las faltas, que perdona fácilmente; la constante preocupación por el niño, interesándose por su salud, por sus padres, por sus necesidades, por sus penas, por sus progresos, por sus alegrías; el desvelo que lo pone a cubierto del escándalo como de las inclemencias del tiempo; la ternura real y efectiva; la vigilancia continua pero vigilancia maternal; la imaginación siempre despierta, siempre en acecho de todo lo que puede alegrar, instruir y aprovechar al niño: la dulzura que no alza la voz, que conserva su sonrisa aún a través de las mayores tormentas, que sabe castigar con mirada entristecida, una boca que no replica, una frente que se humilla; la confianza manifestada de mil maneras y que engendra infaliblemente la confianza; la deferencia que abriendo de par en

⁹ No se ha encontrado nada mejor para atraerse a los hombres, que interesarse por lo que les interesa. — *Cl. Farrère*.

par las puertas del cuarto, recibe al hombrecito de diez años como si fuera un gran personaje; la familiaridad bien entendida que se mezcla en los juegos de los niños en sus más pueriles diversiones, en sus pequeñas locuras; todo esto y mucho más todavía, que se compendia en una sola palabra, demasiado profanada, pero divina: ¡el amor!

El gran educador ha resumido estos procedimientos en pocas palabras. Se ha dicho a sí mismo: «hazte amar si quieres que se te obedezca»; y a sus hijos: «no seáis superiores, sino padres».

*
**

Se puede objetar que un método semejante no puede dar resultados sólidos, ni duraderos, porque descansa en el sentimiento.

Si el espacio nos lo permitiera, tendríamos gran placer en presentar esta pedagogía en acción; analizarla detenidamente, deducirla de los hechos del Santo. Por ahora, nos contentaremos con el testimonio de su experiencia. En el concepto de Don Bosco, debe tener éxito en el noventa por ciento de los casos, los otros diez en que parece fracasar, no son casos desesperados; estos diez infelices tratados con bondad y respeto, llegarán a ser menos peligrosos para sus semejantes¹⁰. He aquí un hecho que hemos experimentado muchas veces; los niños que por motivos graves han sido separados de la casa salesiana, quedan ligados a ella y vuelven para visitar a sus superiores. Muchas veces reaccionan y son buenos cristianos. Y aún aquellos que, volviendo las espaldas llegan a ser moral o socialmente pecadores, escandalosos, o revolucio-

¹⁰ Conversación de Don Bosco en 1854 con el Presidente del Ministerio piamontés, Urbano Ratazzi.

narios feroces, conservan siempre en el fondo de su corazón débil o engañado, un tierno recuerdo, un pensamiento de afecto para los maestros de su juventud. El éxito de estos procedimientos no ha de sorprendernos. Un sabio profesor de la Universidad escribió poco hace, estas líneas: «El adolescente experimenta una gran necesidad de dar y de recibir muestras de afecto; no hay nada que pueda suplir su falta; en un ambiente donde hay cariño, la vida por penosa que sea, se vuelve más llevadera y soportable»¹¹.

Es un hecho que la pedagogía moderna marcha al unísono en sus últimas conclusiones con las mejores teorías salesianas. Esta educación que no titubea en apoyar la punta de su palanca sobre el corazón del niño, levanta las voluntades más resistentes. Es tan hermoso, tan dulce sentirse amado de este modo; ¡a las veces tan industrioso! ¡Qué reservas tan asombrosas esconde el débil corazón de un niño o de un adolescente! Locura sería no emplear semejantes auxiliares.



Aprovechémoslos pues, no para acariciar necia e imprudentemente nuestra vanidad con este tierno afecto, no para alimentar nuestra propia sensibilidad con este amor ingenuo del niño, no para detenernos como si hubiéramos llegado al término de nuestra educación con esta común ternura; sino para tomar la delantera en esta alma cristiana, ordenarla en nombre de esta potente autoridad del amor, y suavemente, sin choques, sin sacudimientos, llevarla hacia el mundo sobrenatural.

Entonces, poco a poco, año tras año, pues se necesita mucho tiempo y no poca paciencia, la obra progresará. Bajo los cálí-

¹¹ Mendousse, *L'âme de l'adolescent*, pág 37.

dos rayos del sol de la gracia, bañada con el rocío de los sacramentos, iluminada por la palabra de Dios, cultivada por la mano del sacerdote, la planta crecerá, se desarrollará, y dará flores. El fruto de esta triple colaboración, de la gracia de Dios, de la voluntad humana y del afecto activo del educador, será un joven cristiano.

CAPITULO V

La piedad en la educación

No olvidaremos jamás los calificativos poco honrosos con que, en otro tiempo, denostaba algunas casas de educación un gran novelista, Paul Bourget. «Vida religiosa ninguna, apenas un formalismo vacío e ineficaz. Vida moral, menos todavía. A esta educación le han faltado los dos factores necesarios de higiene colectiva e individual que tenían en sus manos los inventores de la educación claustral: la confesión y la comunión». Para asegurar a sus hijos esta vida moral, casi siempre ausente de los institutos laicos, el Venerable Don Bosco reservó, en su sistema de educación, un lugar muy expenso a la vida religiosa. Efectivamente, aún el observador menos perspicaz, si quiere dar con el mecanismo secreto de la educación salesiana, queda sorprendido por la intensa piedad que desarrolla.

No hay que creer, sin embargo, que en las casas salesianas se atiborra a los niños con oraciones y ejercicios piadosos interminables; el que esto creyera estaría muy equivocado¹². La piedad salesiana es una piedad razonable, equilibrada, sólida y llena de vida. Cuatro calidades la caracterizan: *tiene por base una intensa instrucción religiosa; trata de abarcar todo el niño; respeta por completo la libertad del alma; prácticamente su resultado es ponerle en contacto permanente con la fuente de la fuerza, con la gracia de Dios.*

¹² Las oraciones de la noche, como las ha compuesto Don Bosco para sus niños, no duran más de cuatro minutos. Detalle curioso: el Santo no consintió jamás que se rezasen en la capilla, sino debajo de los pórticos en verano y en un salón en invierno, para acostumbrarlos a hacerlo en sus familias y también para gozar de mayor libertad en los avisos que les daba, augurándoles un grato reposo.

*
**

La piedad mecánica o puramente sentimental, causaba horror a Don Bosco. Tanto en este terreno como en otro cualquiera, quería que fuese su norte y guía la razón y la fe. El sabía que el vendaval del siglo, las necesidades materiales de la existencia, las recaídas en el pecado, pronto echarían por tierra el edificio religioso que no tuviera otra base que los actos reflejos y una vaga sensiblería. La gran preocupación de esta alma de educador fue enseñar en los albores de su vida la misma sólida doctrina que Jesucristo vino a revelar a los hombres.

Existe la piedad en los colegios salesianos, pero piedad apoyada en un conjunto de ideas religiosas, capaz de salvarla de todo naufragio. He aquí por qué en las casas salesianas la instrucción religiosa ocupa un lugar preferente en el ánimo de los maestros: instrucciones cortas, sólidas, llenas de vida y de imágenes, prácticas; catequesis bien preparadas y seguidas con atención; breves sermones de cinco minutos después de las oraciones de la noche para depositar en el corazón de los niños un pensamiento grave que alimento su sueño; cortas lecturas después de la misa o antes de la bendición; alocuciones religiosas y morales que con toda naturalidad brotan a cada instante, tanto en el recreo como en la clase, en un texto de Virgilio como en una anécdota contada en el patio; recuerdo frecuente, pero de ninguna manera cansador, de las verdades fundamentales, con todos los recursos de que dispone un celo ingenioso y una hábil pedagogía; todos los medios son probados, ensayados y empleados con el fin de enriquecer ese tierno cerebro con una rica doctrina de vida, capaz de preservar su frágil corazón en la hora de la

prueba.

En este sistema el educador no sólo intenta adueñarse primero y sobre todo de la inteligencia del niño, sino del alma, de todo el niño, de su corazón, de su imaginación, de su sensibilidad y de su memoria. Esta piedad se esfuerza, y lo consigue casi siempre, por hacer atrayente la religión y no importuna y pesada, por hacer amar la casa de Dios. Para conseguir esto, las funciones serán breves, variadas, agradables, un verdadero espectáculo para los ojos, un encanto para los oídos, interés para el espíritu y emoción profunda para el corazón. El clero infantil adiestrado, grave y recogido aumentará el esplendor del culto; el altar estará adornado con gusto, iluminado con profusión; los cantos se hallarán impregnados de fe y de arte, y todos los niños tomarán parte en su ejecución. Raras veces el aburrimiento o los pensamientos extraviados vendrán a turbar estas almas infantiles, porque o rezan en alta voz, o un hermoso cántico popular los hace vibrar al unísono. En una palabra, la iglesia vuelve a ser para estos pequeños cristianos del siglo XX, lo que era para nuestros antepasados del siglo XII o XIII; una casa que ha sabido de tal manera cautivar nuestros corazones, en donde se ha sentido a Dios tan dulce y tan presente, que instintivamente en la hora de la tentación, de la desgracia, de la tristeza y del desaliento, el alma corre hacia ella como a su natural refugio.

Para hacerla amar no se ha empleado ningún procedimiento coercitivo, que puede doblegar las voluntades momentáneamente, pero que jamás alcanza a conquistar los corazones. El celoso cuidado con que Don Bosco respetaba la libertad religiosa a sus hijos constituye uno de los principios más apreciados de la pedagogía salesiana. Facilitaba la frecuencia de los sacramentos, insinuaba con mucha táctica pen-

samientos graves que hacían madurar resoluciones decisivas y bienhechoras, exhortaba a sus niños, algunas veces individualmente, a cambiar de vida, a mejorarla, acercándose al tribunal del perdón y a la santa Eucaristía, sin jamás ejercer presión alguna en asuntos de piedad. No había comuniones a fecha fija, en presencia de toda la comunidad reunida, banco por banco; no había comuniones llamadas generales, porque por timidez no fueran algunos arrastrados al sacrilegio por la ola de los comulgantes; no había tampoco confesiones reglamentadas, clase por clase, pero había mucha libertad, la santa libertad de los hijos de Dios, esa libertad que la misma gracia de Dios respeta, a pesar de sitiar el alma de mil maneras para conquistarla y someterla a sus fines divinos.

¿A qué tiende esa sólida instrucción religiosa, esa piedad que encanta, esa oración tan espontánea? Poner al niño en un anticipado y permanente contacto con las tres fuentes de la vida: la confesión, la comunión y la devoción a la SS. Virgen. Hacerle vivir en gracia de Dios, apoyar su debilidad en la fuerza divina, encontrar en la amistad de Jesucristo y en el recuerdo de su Madre Santísima, el valor para rechazar el mal y cumplir la humilde tarea cotidiana: he aquí el fin de la piedad.

Pero la gracia de Dios puede perderse, debilitarse; por esto el tribunal de la Penitencia ahí está siempre abierto para purificar los corazones, la sagrada Mesa está preparada todas las mañanas para fortalecerlos, cerca, muy cerca el altar de la Virgen los convida a orar para poner al servicio de su debilidad el auxilio permanente de la Madre de Dios. Poseer la gracia de Dios, comulgar desde la más tierna edad, repetirlo con frecuencia, aún diariamente, si posible fuera, invocar siempre a la Santísima Virgen Auxiliadora de los cristianos para observar la ley de Dios y salvar su alma: ved ahí el re-

sultado de esta teoría tan sencilla como sabia, tan clara como fuerte, tan antigua como moderna.

*
**

De intento hemos dicho que el sistema de Don Bosco es moderno. Nunca fue tan urgente como ahora, asentar sobre una sólida piedad la perseverancia de la juventud en las buenas costumbres. Hace más de 60 años que el mundo está evolucionando hacia la maldad. Antiguamente, para refrenar al joven en la hora fatal de la crisis, al despertar tempestuoso de las pasiones; para apaciguar la sangre que tiene como vino espumante, según el sentir de Bossuet, la Iglesia podía contar con tres aliados: la sociedad, la escuela y la familia. Los pensamientos de fe que derramaba con su autoridad en el corazón del joven, las costumbres piadosas hacia las cuales dulcemente inclinaba su voluntad, no encontraban casi nunca oposición en estos tres lugares. Al contrario, esta triple institución colaboraba con ella y reforzaba la obra bienhechora del sacerdote, cada una en su esfera: la sociedad poco, la escuela mucho y la familia muchísimo. Ahora los papeles se han cambiado, el ochenta por ciento de las veces, y nos quedamos cortos, la sociedad, la escuela y la familia son cómplices del mal, dejándole expedito el camino. En ciertas ocasiones uno llega hasta preguntarse cómo ha podido resistir la virtud de los jóvenes: en las plazas, las peores obscenidades fijadas en las paredes bajo los paternales ojos de la policía; en la escuela se enseña una doctrina que justifica y legitima todo; en el seno de la familia la autoridad paterna que no sabe dónde apoyarse y que abdica delante de un capricho del niño. Como si no bastase la defección de estos tres aliados de otro tiempo para que esta pobre voluntad humana frágil o inex-

perta quedase desamparada, se han desencadenado en el mundo tormentas de mal que parecen no tener otro objeto que envolver y arrastrar consigo la juventud contemporánea. Han organizado un formidable ejército, en el corazón mismo de la sociedad, para atraerse el alma del adolescente con todas sus facultades. ¿Quién lo salvará, pues, de esta hoguera? Acabamos de ver en otros tiempos, a más de la Iglesia había tres elementos que amparaban su debilidad; ahora son cuatro los que conspiran positiva o negativamente contra ella. ¿Quién le ayudará a vencer la crisis? Y pasada ésta, ¿quién le ayudará a mantenerse firme para no caer vencido en las luchas de la vida? Sólo una piedad sólida y bien entendida, apoyada en una fe viva, en contacto permanente con las fuentes de la divina energía, acercándose con amor, aunque sin ostentación, a los sacramentos, orando y colocando sobre todas las cosas la amistad de Dios. Antigüamente podía bastar una piedad cualquiera. En nuestros días una piedad común ya no basta porque las pruebas por que tiene que pasar la juventud, no son comunes sino extraordinarias.

Don Bosco lo comprendió admirablemente y quiso que sus hijos, conociendo la época en que vivían, viendo la gravedad de los peligros que acechaban la juventud, la armasen para estas luchas con la doble coraza de la fe y de la piedad.

*
**

¿Esta armadura ha sido siempre suficiente? ¿Aun acribillada a golpes evitó siempre la derrota a los que cubrieron su pecho con ella? Confesamos lealmente y con pena que, en algunas circunstancias y con ciertos jóvenes ha sido insuficiente. La vida es difícil y los hombres perversos, las corrientes aludidas

son tan violentas que pueden arrastrar y sepultar al mejor nadador. Con esta advertencia, no debe extrañarnos pues, si algunos ex alumnos de las casas salesianas no perseveran en el camino trazado por sus buenos maestros.

A pesar de sus extravíos estamos tranquilos *porque volverán*. Somos también *sembradores de remordimientos*. No se ha amado inútilmente a Jesucristo, a su Madre Santísima en la tierna edad. Llegará un día, una hora en que se arrodillarán de nuevo, a lo menos con el deseo, ante el tribunal de la Penitencia, se acercarán a la sagrada Mesa y al altar de María. ¿Será de aquí a poco? ¿Tardarán? ¿Después de una culpa grave? ¿Al acercarse una alegría? ¿por la tristeza de un luto? ¿en la noche de una catástrofe? ¿en la víspera de una gran revolución? ¡nadie lo sabe! Es un secreto de Dios. Pero lo repetimos de nuevo, confiamos plenamente: serán nuestros otra vez.

Hijos pródigos volverán a la casa paterna, en donde les esperan sus hermanos fieles. ¡Estos son legión felizmente! San Juan Bosco y sus hijos con esta educación de piedad han poblado la tierra de jóvenes cristianos. Treinta años hace era rara esta planta; ahora su perfume se respira doquiera; en la fábrica y en la oficina, en la mina y en el taller, en la plaza pública y en la intimidad del hogar. ¡Jóvenes cristianos! He aquí el producto auténtico de la intimidad entre el Dios de la Eucaristía y la débil alma de un niño Prototipo seductor por su belleza moral, no causa antipatía a nadie y el reflejo de su virtud es saludable para todos.

Su virtud como la de cualquier otro se verá sitiada por los encantos de la vida, por tentaciones rastreras, por la concupiscencia, por las dudas del espíritu; pero él cruza, sano y salvo en medio de un mundo conjurado en su contra, porque la fuerza de Dios está en él.

Dice el Evangelio que se juzga el árbol por el fruto. Para

que tal milagro de fuerza y de ternura, de abnegación y de pureza, se produzca en este valle de lágrimas y en los tiempos que corremos, menester es que la educación que lentamente lo ha sazonado, sea de buena calidad.

CAPITULO VI

El Pecado Original y la Educación

Con dos siglos de diferencia y en distintas épocas, la pluma de dos grandes escritores ha dado al problema de la educación dos soluciones diametralmente opuestas, a pesar de pretender ambos inspirarse en una investigación profunda sobre el origen del hombre, tan cierto es que la afirmación o la negación del pecado original orienta todo sistema de educación. El sistema salesiano se relaciona también con este íntimo misterio de nuestro ser, pero huyendo todo exceso de doctrina y de aplicación propio de las escuelas extremistas, y respetando el orden real de las cosas, para tomar un término medio que, según el adagio, es el centro mismo de la virtud. Para convencernos, volvamos a leer a Pascal y a Rousseau; comparemos sus sistemas con la doctrina que los ha sugerido y no encontraremos ni en uno ni en otro una doctrina aceptable para nuestra fe de cristianos, alumbrada con las nuevas orientaciones. Preguntémonos entonces si no se ha realizado la conciliación de estas opuestas teorías en el siglo siguiente, no con la pluma sino con la vida y las obras de uno que más que filósofo era un santo, no un teórico sino un educador y el más notable que el mundo ha conocido.

*
**

Pascal, como se sabe, eligió como centro de su apología de la religión, el misterio del pecado original, misterio íntimo de nuestro ser, misterio de grandeza y de miseria. Ningún pensador ha aplastado como él con su desdén, la razón humana; nadie la presentó como él, débil y no por un solo lado,

como decía Bossuet, sino por todos; nadie ha igualado el lirismo con que cantaba la grandeza de esta caña la más débil de la naturaleza, pero que piensa, y concluye diciendo: ¡qué quimera es el hombre! ¡qué monstruo! ¡qué prodigio! juez del universo e imbécil gusanillo, depositario de la verdad y abismo de incertidumbre y de errores, honor y escoria del mundo! ¿Quién desenredará esta madeja? Su pensamiento se inquieta y va a mendigar una reapuesta a la filosofía; ¡vano intento! ningún sistema puede descifrar el enigma, sólo la religión puede explicarlo todo con el dogma de la caída; sin este misterio, el más incomprensible entre todos, somos incomprensibles hasta para nosotros mismos, pero una vez admitido, todo se aclara con luz meridiana. «Si el hombre no se hubiera corrompido, gozaría en su inocencia la verdad y la felicidad sin temor de perder ese tesoro. Por el contrario, si no fuera otra cosa que un ser corrompido, no tendría idea alguna de la verdad ni de la dicha». Sólo así se puede conciliar la miseria y la grandeza. «Son, dice el mismo, con una grandiosa imagen, miserias de un gran señor, miserias de un rey destronado».

Lástima que una obra tan robusta haya sido viciada por el jansenismo, cuyo yugo Pascal nunca supo sacudir. Habría bastado presentar a la razón incierta en sus resoluciones, empuñada por el pecado original, pero no herida de absoluta impotencia. Hubiera sido suficiente subrayar las caídas diarias de la voluntad y no asegurar, como él lo hace, que es radicalmente impotente para determinarse al bien. Finalmente, era bastante descubrir a la naturaleza rebajada por la culpa de Adán, poderosamente inclinada al mal, rota en su armonioso equilibrio; pero nos la pinta como absolutamente mala, con el intento de hacer triunfar la teoría jansenista de la gracia fatalmente victoriosa. Siendo que las ideas son

fuerzas que tienden a desarrollarse en los diversos dominios de la actividad humana, esta teoría se convirtió en una regla de vida y esta regla de vida engendró un sistema de educación. Por más ilógico que sea, es, sin embargo, el más admirable de su tiempo. Es ilógico, porque si la naturaleza abandonada a sí misma sigue la misma pendiente de su egoísmo e interviniendo la gracia, necesariamente eficaz, se hallará irresistiblemente orientada hacia Dios, prácticamente la vida moral del cristiano consistiría en un simple dejar correr la bola. Pero los señores de Port Royal no echaron de ver la inconsecuencia de su sistema y se empeñaron tenazmente en jugar a la gracia eficaz y en constreñir la naturaleza a seguir el bien¹³. De esta manera nació una doctrina que ha causado con razón la admiración de los especialistas de todos los tiempos. Hela aquí en pocas palabras.

En primer lugar hay que apartar al niño del mundo, en donde pierde su inocencia, también de los colegios numerosos, en donde se malea, conforme a la frase de Mirabeau: «los hombres son como las manzanas; si se amontonan, se pudren». El número de alumnos en las “*petites écoles*” nunca podrá ser mayor de cincuenta; para que la enseñanza se adopte a la naturaleza de cada uno y para que la vigilancia esté asegurada ya que es absolutamente necesaria, la casa estará subdividida en clases, cada clase admitirá sólo seis alumnos, colocados bajo la dirección de un maestro especial. Los maestros se acordarán que deben ser con preferencia preceptores que profesores. Con este fin dejarán cuidadosamente todo lo que pueda despertar las pasiones y hacer conocer el mal. Procura-

¹³ Los señores de Port Royal eran unos cuantos jansenistas solitarios que habían abierto en la antigua abadía de Port Royal des Champú, situada en el valle de Chevreure, sus famosas “*petites écoles*” donde la pedagogía jansenista ensayó sus primeras aplicaciones.

rán que el alumno esté siempre ocupado, para evitar las quimeras siempre peligrosas de su joven imaginación; finalmente, cumplirán con su cometido con cariño; pero sin mimos, no usarán el palo ni maltratarán. Mientras que en otros lugares, en sus relaciones gastaban los alumnos una familiaridad algo grosera, allí debían rodearse de una aureola de honor y no tutearse jamás. Para dar una idea cabal de este admirable conjunto de reglas bastará decir: nada más salesiano que esto.

Pero la medalla tiene su reverso: los preceptos inspirados por la idea jansenista. Las fiestas y los juegos ruidosos estaban desterrados, siendo reemplazados por trabajos y prácticas religiosas severas y prolongadas; de esta manera creían evitar las acometidas de la naturaleza viciada. El único estímulo para el trabajo era el sentimiento del deber; el simple deseo de merecer la aprobación del maestro debía animarlos al bien. Estaba absolutamente prohibido excitar el amor propio, el interés y la emulación, porque eran sentimientos naturales y por consiguiente corrompidos en su raíz. «Cuando se descubría algo bueno en estos niños, escribe un maestro, se me aconsejaba siempre no hablar de ello y dejarlo todo «en secreto y relegarlo al olvido». El resultado era fácil de prever porque si la emulación puede crear vanidosos, su ausencia produce casi siempre holgazanes. Pascal desencantado decía hablando de estos alumnos: «los niños que carecen del aguijón de la gloria y de la emulación caen en la indolencia». Caían también en otros vicios, como lo probó aquel niño que robó la gorra de uno de estos graves señores y que más tarde robó también un cubierto de plata. La víctima se habrá consolado diciendo: «¡qué queréis que le haga, el pobre no estaba predestinado!» Con su habitual profundidad Pascal habría podido decir de este ensayo pedagógico: «queriendo

ser ángeles, acaban con ser irracionales». Han querido oprimir demasiado la naturaleza y ella ha reaccionado con ímpetu.

*
**

Un siglo después, por haberlo librado de toda sujeción en virtud de principios tenidos como ciertos, esa naturaleza desencadenóse violentamente. He aquí cómo sucedió.

La misma cuestión que Pascal se propuso sobre el misterio de contradicción de nuestra naturaleza, respecto a esa mezcla abigarrada de bien y de mal, que todo hombre tiene al nacer, agitóse también en la mente de Rousseau. ¿Cómo definir este ser tan contradictorio? Una ley terrible más imperiosa que la ley de la gravedad, lo atrae hacia abajo; sus facultades están inclinadas al mal, su cuerpo se abrasa en el mal deseo; sin embargo este mismo hombre se eleva a las alturas, el ideal lo atrae las quimeras de la fantasía lo intrigan. A veces ansia arrastrarse por el fango, mientras otras, la pureza lo fascina. ¿Quién nos dará la clave del enigma? Pascal había contestado valido de su fe, de sus tradiciones, de su siglo, de su pensamiento y de sus estudios de la Sagrada Escritura; pero el vagabundo, educado al correr de la vida por que anduvo errante, respondió valiéndose de su sensibilidad y de la experiencia recogida en los lugares de su vagancia. «Esto es todo, el hombre es bueno, pero los hombres son malos». ¿Y cómo puede ser? «Voy a decíroslo. Yo también mientras anduve errante fui bueno, así discurre Rousseau. He pasado cuarenta años de fácil bondad durante mis viajes de Suiza a Saboya, de Saboya a Italia y de Italia a Francia, ¡hermosos días! ¿Desde cuándo empecé a sentir movimientos de odio y de malicia? Desde que entré en la sociedad de los hombres. Si estoy corrompido ha sido por su causa. La huma-

nidad entera debe haber sufrido la misma transformación, el hombre ha nacido bueno, se ha vuelto malo haciéndose sociable. La humanidad debía quedar en su estado natural. Lo bueno es el hombre natural; volvámoslo a ese estado».

Para esto es menester aislar al niño de la sociedad, sacarlo de su misma familia, porque su contacto podría dañarlo; confiarlo a un preceptor, no para que lo instruya sino para que guarde celosamente su ignorancia. Para lograr esto, basta dejar obrar la naturaleza que, librada a sí misma, es buena instintivamente y, siguiendo su propia inclinación, encontrará lo que le hace falta; más tarde la experiencia de las cosas y la observación, es decir, siempre la misma naturaleza, completará este rudimentario caudal del discípulo. Libertad, libertad completa, en su aislamiento y soledad, ninguna atadura en sus primeros años, nada de valla en el camino del adolescente, pero sí, mucha vigilancia; procurar que el mundo exterior no lo impresione, este solo cuidado bastará para que su espíritu se preserve del error y su corazón del vicio. Esta clase de educación podría definirse de la siguiente manera: «el arte de respetar la naturaleza en el niño, para que se desarrolle libremente defendiéndola únicamente de la perniciosa influencia de los convenios sociales» (*Jules Lemaître*).

Como se ve, es una educación meramente negativa. Más adelante, hacia los doce años, el maestro no deberá instruir al niño, pues está prohibido, pero tratará de disponerlo para este fin y excitar sus deseos. En esta educación los libros están demás, son completamente inútiles, bastará acercar cuidadosamente el niño a las cosas para despertar su curiosidad o excitar su necesidad. Por ejemplo, Emilio, así se llama el personaje de la obra de Rousseau, recibe de vez en cuando tarjetas de invitación para una merienda, busca alguien que se las lea, todos se excusan, y entonces Emilio se decide a apren-

der a leer. En un paseo el que le acompaña finge extraviarse, el niño asustado trata de orientarse, entonces su mentor aprovecha la oportunidad para insinuar dulcemente en su inteligencia los conocimientos astronómicos. ¡Qué simpleza! El ejemplo que sigue es menos ridículo que el anterior. Hacia los 15 años, pues antes el alumno no sería capaz de concebir ideas tan trascendentales, en una hermosa mañana de verano se lleva a Emilio a la cumbre de una alta colina, a cuyos pies corre un imponente río; en presencia de este magnífico paisaje se le hace una amena demostración de un Dios personal, creador de estas maravillas, de un alma inmortal y de la vida futura; y así se continúa con el mismo sistema.

Poco a poco, por sí mismo, conducido por un excelente maestro, reflexionando y observando siempre libremente, privado de libros, con el menor esfuerzo posible, ilustrado por las cosas y por la experiencia, este joven llegará a ser hombre. Durante su peregrinación por el mundo, su inteligencia habrá adquirido todo lo que es necesario saber de astronomía, de física, de química y de geografía; el aprendizaje de un oficio manual, al mismo tiempo que suaviza sus músculos, le proporciona alimento en tiempo de miseria; su corazón se adornará con todas sus virtudes. ¡Qué obra maestra! Esa obra maestra la hemos tenido antes que en libro, en la persona del autor. El niño así educado con toda libertad, sin el concurso de la familia ni del colegio, al margen de la sociedad, librado a su capricho, en plena naturaleza, ese niño fue Jean Jacques Rousseau. Su libro no hizo otra cosa que exponer su educación. Todos conocemos las maravillas de sabiduría, de virtud y de sensibilidad que ha brotado de este sistema¹⁴.

¹⁴ Hemos podido dar a nuestros lectores un resumen de estas dos grandes escuelas pedagógicas, gracias a la lectura de Jules Lemaître, de Faguet y de Brunetière.

A pesar de los errores¹⁵ que entraña este método de educación, se ha obstinado en perpetuarse; tampoco el otro se ha resignado a morir. Oíd a dos ilustres escritores contemporáneos. Primero a Michelet, quien en su erróneo libro titulado *Nuestros Hijos*, escribe lo siguiente: «es menester analizar y profundizar nuestro principio, la fe por la cual se lucha, la esencia de nuestra vida política y religiosa. Nuestra marcha será indecisa si no se esclarece esta idea». He aquí la realidad: «El pecado original no existe. El niño nace inocente y libre de la culpa de Adán. El mito impío y bárbaro desaparece. En su lugar colocaremos la justicia y la benevolencia; esos dos principios opuestos, el de la revolución del 89 y el principio cristiano, ¿cómo pueden conciliarse? En manera alguna, porque jamás serán iguales el uno y el dos, la justicia y la injusticia, el principio del 89 y la herencia del crimen. De hoy en adelante, de la cuna saldrán dos caminos absolutamente contrarios. La educación será distinta y opuesta, según se inspire en el antiguo o nuevo principio». Fernando Brunetière, desde el campo opuesto le contesta: «La naturaleza podrá ser bella o fea, pero no buena. Es inmoral en sus principios; en su origen no es más que una reacción contra las lecciones y consejos de la naturaleza». Son las teorías puras de Rousseau que se ensayaron antiguamente en la casa de huérfanos de Cempuis, son las ideas de los señores de Port Royal que continúan todavía, en algunos colegios inspirando la educación de los niños cristianos. Deduzcamos de aquí que es un asunto de actualidad palpitante.

*
**

¹⁵ Principalmente, la prescindencia absoluta de todo lo sobrenatural, la condenación de toda vida social, y negación del desorden moral innato en cada hombre.

Partiendo de una concepción justa y ortodoxa de la caída original, y tomando de este sistema lo que tiene de verdad, ¿no se podría fundar una pedagogía que respetando el orden de cosas establecido, salvara victoriosa los dos escollos: el excesivo rigor y la extrema libertad? Alguien así lo ha creído, ha habido quien lo ha tentado, y después de treinta años de laborioso ensayo, su pensamiento ha construido un monumento donde campea una noble unidad, donde el corazón y la razón, la autoridad y la libertad están armónicamente equilibrados. Sabiendo que la naturaleza tiene inclinaciones malas, tomó de los austeros señores de Port Royal todos los reglamentos aconsejados por esta triste comprobación. Les pidió prestado la idea de grandeza que se formaban del educador, la importancia que daban a la educación individual, la dulzura de sus procedimientos, la vigilancia asidua, preocupación moral vigilante que pone al niño a cubierto del peligro. Pero en completa oposición con ellos, quiso que el niño se divirtiera, lo dejó cantar, gritar, expresarse sin trabas, dio ancho campo a su libertad naciente, animó sus iniciativas, las inspeccionaba sin ahogarlas, y únicamente exigía una obediencia que fuera conforme a la razón. No titubeó tampoco en emplear medios humanos: afectos, interés, emulación, quitándoles poco a poco todo lo que tenían de demasiado natural.

Por otra parte, acordándose, como dice Bossuet, que bajo las ruinas de esta naturaleza caída, ha quedado algo de la grandeza y hermosura primitivas, no reparó en imitar al filósofo de Ginebra, introduciendo todo el placer posible en la educación, buscando no sólo en los libros los conocimientos necesarios a la vida, sino también en los paseos, en las lecciones de cosas y en las observaciones sobre el mundo, procurando, además, despertar espontáneamente la personalidad del niño

respetándola. Pero en contraposición a Rousseau, no admitió la bondad natural del hombre, ni su deseo permanente de la verdad y del bien; no consintió convertir al maestro en vulgar asistente, al contrario, hizo de él un agente muy activo de reforma moral, pues si reconocía en el alma del adolescente buenos instintos que la educación puede desarrollar, descubría también malas inclinaciones, cuya represión debía realizar con armas de luz y de amor, pero sin debilidades.

Educación verdaderamente ideal porque responde a la cristiana idea que nos hemos formado de ella. En efecto no debe consistir en anular la personalidad del niño, sino en desarrollarla, no en el ahogar sus energías, sino en dirigir-las. Para ello el maestro no es un tirano de las voluntades, ni el testigo pasivo de sus juegos, sino el colaborador indispensable que debe enseñar al niño poco a poco a guiarse solo. Sobre todo el Dios de su educación no es el Dios severo y terrorífico del jansenismo, cuyo santuario parece ser el vestíbulo del valle de Josafat; ni ese Dios complaciente, vago y trivial de Rousseau. El primero, actor único de nuestros destinos; el segundo, testigo indulgente de nuestras acciones; sino el Dios que vive entre nosotros y va por el mismo sendero; cuya bondad y dulzura nosotros sentimos; «*apparuit benignitas et humanitas Salvatoris Domini Jesu Christi*», cuyos atractivos son inefables, es nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro auxilio y nuestro alimento cotidiano; su morada es dulce y atrayente como la casa de nuestra tierna infancia; es el único capaz de depositar en el fondo del corazón del maestro y del discípulo el caudal asombroso de amor que requiere la acción de ambos.

Vamos a terminar aquí estos apuntes, aunque podríamos multiplicarlos hasta lo infinito: y dejamos sentado, pues la razón nos asiste, que esta pedagogía, del amor es hija de

nuestro entendimiento y de nuestra fe, y que Don Bosco su fundador fue el genio de la educación, y sus hijos han de continuar su obra por todo el haz de la tierra con sus obras y sus escritos.

*Esta obra editada por Editorial Surgite!
se terminó de digitalizar el 12 de Septiembre
del Año de Nuestro Señor de 2004.*